

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.
 Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

4^{er} Año. N^o 3. — Febrero 23 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLÁNTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACÍFICO. ... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

LOS FUEGOS DE NAFTA DEL MAR CASPIO.

Las orillas del mar Caspio abundan en fenómenos de alta curiosidad, y que han dado margen á la invencion de las leyendas mas extraordinarias.

Uno de los hechos mas sorprendentes es la absorcion de todos los grandes rios que llegan á aquel inmenso lago salado, fenómeno físico del cual no han podido aun dar los sabios una esplicacion plausible.

Otros que pueden esplicarse, pero que no por eso dejan de ser maravillosos, asombran á las

imaginaciones menos entusiastas. El que reproduce nuestro grabado es curiosísimo.

Un fuerte olor de nafta advierte al viajero la proximidad del mar Caspio. Si, en medio de una oscuridad completa, en una de esas noches en que apenas se oye el zumbido que hace el gas de nafta al escaparse del fondo de las aguas, se surcan con una embarcacion aquellas olas fosforescentes, se pueden inflamar las aguas sobre las cuales se navega, con sólo arrojar en ellas un puñado de estopas ardiendo. Inmediatamente se ve uno rodeado de llamas inofensivas que le alum-

bran con un vivo resplandor, y que flamean en una extension de treinta metros. Repitiendo la experiencia, trasladándose un poco mas lejos, y multiplicando los fuegos, acaba uno por encontrarse en medio de un inmenso lago de llamas sobre el cual se puede pascar impunemente.

Aliméntanse unos por otros estos fuegos, hasta que al viento se le antoja venir á apagarlos, lo que á veces se hace esperar durante un mes entero.

MAC VERNOLL.



Efecto producido de noche por los fuegos de nafta en el mar Caspio.

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Hace tres años, murieron casi en la misma época el padre y la madre de una joven de provincia, la cual se encontró así repentinamente, y antes de su mayor edad, dueña de una fortuna que pasa de un millón!

Una anciana tia le dió el asilo que exijan las circunstancias. Al momento, vése la joven objeto de todas las especulaciones, de la codicia de las jentes que se hallan por casar en el pais y sus cercanías; pero abrigando un pensamiento contradictorio á tales pretensiones, se dedica á desechar á todo el mundo en masa. Dos años pasan de este modo, declinando la joven todas las insinuaciones que le hace su respetable tia respecto de los candidatos convenientes que aspiran á su mano tal vez tanto como á su dote. La tia insistia sobre todo en favor de un pretendiente cuyo estado civil suprimiríamos, para llamarle discretamente Corbinot. Mas la joven desecha á Corbinot como á todos los demás. Un dia, haciéndola la anciana algunas dulces admoniciones con respecto á esta obstinada descortesía, la joven mostró un volumen que estaba leyendo, y dijo:

«— Querida tia, mi corazón no está ya libre... amo al que ha escrito este libro! »

La tia le examina — y lee el nombre de uno de los escritores mas en boga; — un novelista? un autor dramático? no debo decir nada mas, en atencion al desenlace de la historia.

«— Pero porqué te has prendado de este autor? — preguntó la tia inquieta por la suerte de Corbinot.

«— Porque he encontrado en sus obras que tiene talento, porque he adivinado en ellas que tiene corazón!

«— Pero sabes al menos si es libre? conoces su semblante? su edad?

«— Sí, querida tia, — es libre, una biografía me lo revelaba el mismo dia que me sentia atraída hácia él, al leer simplemente una de sus novelas sentimentales; — en cuanto á su edad, á su exterior... debo decíroslo todo, querida tia: poseo su retrato!

«— Cómo?

«— Oh! es muy sencillo, nada hay en esto que pueda chocaros! El retrato de una celebridad es una propiedad pública, se lo procura uno por do quier mediante algunos francos, y gracias sobre todo á la fotografía. X\*\*\* tiene 40 años, es la edad de la formalidad, la edad que debe poner fin á las efervescencias, á las aventuras; me conviene. En cuanto á su figura, no es la de una cabeza de cera al uso de los peluqueros, ni la del Inglés Osvaldo en la *Corina* de M<sup>me</sup> de Staël; pero tiene una cabeza espresiva é inteligente, llena de distincion, de finura, y en la cual cierta severidad no escluye su bondad; me agrada!

«— Entonces, qué pretendes hacer?

«— Rogaros que tengais la bondad de ir á Paris conmigo, mi buena tia!

«— A buscar á tu autor?

«— Sí!

«— Hablas con mucha franqueza!

«— Y porqué no? soy libre de mi corazón y de mi mano! Además, esta mano se halla llena de riquezas... porqué no se lo daría yo todo á un hombre de corazón y de talento?

«— Pero quién te dice que le amarás aun al verle?

«— Estoy segura de persistir. Si me engañara, volveríamos á la Boiserie, á pasar en revista á todos vuestros Corbinots...

«— Pero quién te dice que te amará tu autor?

«— Me amará, en primer lugar, porque so

jóven, bonita... y rica! En seguida, y efectuada la primera atraccion, penetraré profundamente en su corazón, pues sabrá conocerme, porque me siento afectuosa, adicta, tierna, y porque admiro su bella inteligencia y su talento. Porqué no me amaria, pues?

«— Pero, hija mia... tal vez porque él... ama á otra!

«— Gran Dios! lo sabeis? — exclamó Enriqueta con impetuosidad.

«— No, no... no hago mas que una suposicion, fundada á lo mas en lo verosímil! Un hombre de imaginacion! en el corazón de Paris!

«— Ah! qué miedo me habeis causado! Entonces os leeré, querida tia, algunos pasajes de sus obras, en los cuales se deja ver claramente su pesar por no haber podido encontrar hasta hoy...

«— Un corazón que le comprendiese?

«— Tal vez!

«— Y tú se le has encontrado!

«— Sí...

«— Y te has decidido á rechazar á todos tus apasionados, á todos los pretendientes de nuestro pais, mientras no haya tenido que renunciar á la esperanza de ser amada de M. X\*\*\*?

«— Lo habeis dicho!

«— Pues bien, entonces cuando vamos á Paris?

«— Dentro de quince dias, si quereis, querida tia!

«— Sea, preciso es acabar de una vez con esto! »

Y quince dias despues, la tia, desconfiada pero complaciente, y la sobrina millonaria, pero encantadora, se hallaban en Paris.

Estas señoras, se aparearon en casa de una amiga de la tia, que les ofreció la hospitalidad. Hechas las confianzas acerca del objeto delicado y secreto de este viaje, hallóse por casualidad y felicidad que esta amiga era íntima de una de las relaciones mundanas del escritor.

— Nada es mas sencillo que el haceros comer juntos, — dijo, — vereis de este modo á vuestro héroe con toda comodidad, y juzgaréis si se parece al doble retrato que se halla en el papel y en vuestro corazón.

La señora pone manos á la obra; pero X\*\*\* responde que le es imposible venir el dia señalado...

Se elije otro, — aquel acepta. Pero se tendrá que esperar toda una semana.

«— De aquí á entonces procuraremos encontrarle! — dijo la tia. Era precisamente lo que pensaba la sobrina. Debe advertirse que la anciana habia acabado por desplegar en el negocio una curiosidad que la hacia decididamente tan activa como si lo hubiera emprendido con todas ganas.

Pero cómo encontrar en Paris á un escritor célebre?

Y en primer lugar, X\*\*\* frecuenta la sociedad? La verdad es que en Paris, los mundanos de letras forman escepciones. La vida de los salones no agrada sino escepcionalmente á estas naturalezas laboriosas, que tienen necesidad, á sus horas, de distracciones mas acentuadas, mas picantes que las que ofrece la alta y fria sociedad propiamente dicha, y que experimentan una repugnancia característica á la corbata blanca y al frac negro. X\*\*\* era del número de éstos? El resto del relato va á decidir la cuestion:

Anunciábase para el dia siguiente, sabado, una primera representacion en un teatro de género.

«— Vamos allá! — exclamó Enriqueta, — pues seguramente irá él!

Ir al teatro... era fácil de decir! pero hacerlo era diferente. Las primeras representaciones son primicias reservadas á cierta clase de golosos que monopolizan los billetes... nada

queda para la provincia, la cual se imagina que no se trata mas que de pasar al despacho. Cuando supo que penetrar allí era tan difícil y escepcional, la señorita Enriqueta comenzó por sorprenderse mucho, y acabó por llorar un poco. Pero un caballero que frecuentaba la casa de la amiga de su tia, — un caballero que conocia hasta las uñas á Paris y á las Parisienses, — dijo que mediante la llave de oro se entra casi en todas partes! Enriqueta, que poseía esta llave, rogó, suplicó á este caballero que buscara la puerta. Era esta puerta, en el caso de que se trata, la de una señorita ó señora, ó viuda, de cuyos placeres participaba una multitud de jentes. Un caballero habia creído causarle sumo placer ofreciéndole para esta representacion impenetrable á una multitud de jentes de la mejor sociedad, pero en la cual un conjunto de Aspasia cubiertas de aspasia se hallan seguras de ostentarse... gracias á todos esos caballeros que conocen autores, actores, palmoteadores, y que mueven cielo y tierra para deponer el billete del palco deseado á los piés de las *princesas*. Esto era precisamente lo que habia sucedido con este palco; el amigo de la amiga de su tia sabia todo esto, y tambien sabia que se estaba en vísperas del término por pagar... (alquiler de casa) y que las *princesas* de que se trata, teniendo mas castillos en el aire que inmuebles en Paris, se hospedan en casa de M. Vautour<sup>1</sup>, quien, cada tres meses, es inexorable con su recibo! Juzgando pues el momento favorable, fué á ver á la princesa, negoció y obtuvo el palco mediante diez luises.

Hé ahí pues conquistado el palco. Enriqueta enarbola el mas lindo sombrero que ha podido suministrar la famosa Alfonsina de la calle de Helder; en cuanto al traje, era de tafetan, de un hermoso verde-claro, todo histórido de terciopelo color de grosella (de los Alpes). Pero dejemos á un lado los mirnaques y pase-mos á los sentimientos.

Enriqueta, su tia, la amiga y el caballero que habia conseguido el palco, ocupaban éste antes de que se alzara el telon, — habria dicho antes de que se alzara el sol, si el astro literario anunciado no se hubiera puesto aquella noche en los bastidores. El caballero conocia de vista al escritor X\*\*\*, y sin saber todo lo palpitante de la secreta pesquisa, debia mostrarlo si le descubria, y como si no se hubiera tratado mas que de una simple curiosidad provincial. Así que, muy solícito por mostrarse amable (era un célibe algo extraviado en los entresuelos de las hetairas, y á quien no le hubiera pesado el poner fin á su estado mediante un millonazo rubio con ojos azules!) el caballero, muy solícito, repetimos, en satisfacer la curiosidad de aquellas señoras, se puso á lanzar los gemelos... buscando, registrando, con la esperanza de encontrar esta X que no era para él una incógnita.

Pasan el primer acto y el primer entreacto. pero en ninguna parte apercibe al tan deseado X\*\*\*, á quien Enriqueta, guiada por su corazón, y por sus pequeños gemelos de búfalo, busca tambien. Se alza el telon para el segundo acto.

Se estaba en la escena fuerte, — « en el momento en que el héroe declara á la marquesa que su marido es quien lo ha dicho todo á la gineta del Circo! » — el teatro se volvía todo él ojos y oídos... resuena un ruido en un palco de la galería que habia permanecido vacío hasta aquel instante... todos vuelven la cabeza, y un *chiiit* prolongado se levanta de todos lados. Era una señora que llegaba, y por la cual frotaban las sillas, rechinaban los banquillos, chasqueaban las puertas. Dos caballeros la acompañaban:

«— Hélo allí! » dijo la cicerona del teatro.

Enriqueta le habia reconocido ya!

Pero X\*\*\* no permaneció de pié mas que un instante. Sentado detrás de la dama, hallase

<sup>1</sup> Vautour, bultre en español, es el nombre que da aquí el autor al casero á propietario.



muy pronto invisible sin dejar de dirigir por esto sus gemelos á la escena por el pequeño espacio que quedaba libre entre la nuca de la señora y las paredes encarnadas del palco. La pieza continuaba desenvolviendo sus peripecias. — « La gineta del Circo destrozaba el corazon y el bolsillo del marqués, y la marquesa se hallaba dispuesta á confesar al héroe de la pieza que ella adoraba á los rubios. » — Pero qué eran las pasiones del drama en comparacion de las torturas reales que agitaban el corazon de Enriqueta? Los celos... el despecho... la impotencia... el saber que estaba allí y no poderle ver; era cosa terrible! Terminado el acto, la tia, que se interesaba siempre secretamente por su Corbinot departamental, preguntó á Enriqueta si queria retirarse.

Inquieta, turbada, con el corazon triste, quiere partir, no asistirá al desenlace del drama, — « al triunfo del héroe, — al arrepentimiento de una marquesa demasiado frívola, — á la confusion de la gineta del Circo que, decididamente, no es hija del general, » como se habia creído en los palcos terceros! Enriqueta no verá caer, — con el telon una — pieza que no ha satisfecho sino á los palmoteadores asalariados! Arrastra tras sí á su tia.

« — Las acciones de Corbinot se hallan en alza! » dijo esta última al rodar por el macadam.

Enriqueta no durmió. Vió durante toda la noche el rostro de la que imaginaba ella ser su rival: una hermosa dama, de aire exótico, morena, ardiente, peinada y vestida de un modo algo extraño. X\*\*\* se hallaba muy absorto en la sombra! presentia aquella una familiaridad peligrosa. Al dia siguiente condujola á disfrutar algunas horas de sol en el Bosque de Boulogne. Entre los dos lagos hallábase parada una calesa, en la cual se ostentaban dos damas completamente reclinadas. Un ginete tenía al lado derecho y confabulaba con una de las dandies. El coche pasó demasiado lejos del grupo para que ella pudiese estar segura del hecho..., pero parecíola reconocer á X\*\*\*! Habia que esperar aun tres dias para la comida á la cual habia prometido asistir.

Para engañar el tiempo, fuése á visitar los monumentos, los museos. Enriqueta miraba á todas partes esperando encontrar á aquel que ignoraba hasta qué punto era ingrato. La víspera de la comida tan esperada, en el momento en que la tia y la sobrina habian entrado en la esposicion de las obras de Ary Scheffer, en el boulevard, llegan dos caballeros que se encaminan derechos á la *Francesca di Rimini*. El mas alto, es X\*\*\*! Enriqueta siente que le tiemblan las piernas, va á sentarse en el divan circular que ocupa el centro de la sala. X\*\*\* se halla á diez pasos de ella, muy ocupado en discutir con su compañero. Le oye decir:

« — No es mas que una reproduccion de su obra original... mas debilitada... menos precisa... un *fac-simile* de sí mismo y por sí mismo! »

Enriqueta se dijo: es tal su aspecto como yo lo habia combinado segun su fotografia... mas distinguido que elegante, una de esas cabezas que impresionan vivamente y que hacen decir: « Qué pasa ahí adentro... y mas abajo en ese corazon? »

X\*\*\* se alejó con su amigo, sin haber reparado en la jóven. Dirigiase hácia las obras de mas nombradía, y se detenía delante de ellas. Los grupos interpuestos impidieron á Enriqueta ver cuándo partió. Marchóse la jóven mas dichosa que la víspera.

« — Mañana, — dijose á sí misma, — le veré de cerca, le oiré, me hablará sin duda... »

Pasó el resto del dia bajo estas últimas impresiones, — mezcladas con algun desasosiego por su traje del dia siguiente. Hechas muchas reflexiones y consultada su tia, fijóse en un traje blanco con lazos malva aquí y acullá.

El dia siguiente, á medio dia, y en el momento en que se quejaba otra vez de una noche tan en vela, tan agitada, que su beldad, su frescura, se hallarian ajadas seguramente, entró su tia con precipitacion en el aposento, llevando una carta en la mano, y exclamó:

« — Pues bien! frescas estamos! tu autor escribe á Mme Dal... que se halla desolado, pero que no puede venir á comer hoy á su casa... come en casa de un ministro! »

Ah! sin duda Enriqueta sufrió una decepcion verdaderamente dolorosa al conocer semejante defeccion! Y sin embargo, lo creéis? — las mujeres al menos comprenderán esto, — Enriqueta quedó casi consolada al ver frustrada la entrevista... preocupada como estaba ella por la idea de que el insomnio habia palidecido su semblante, puestola ojerosa, y alterado su belleza. Indudablemente, todas las mujeres son lo mismo!

« — Vaya, — dijo para sí la tia, — este X\*\*\* trabaja positivamente para Corbinot! »

Enriqueta acabó por llorar con amargura. Pero, qué hacer? cómo lograr al fin el ver á aquel hombre lanzado al mundo, arrastrado por un torbellino que en provincia no se comprende y que á sus ojos nos dá el aspecto de unos verdaderos locos? Dos dias despues presentábase una nueva y posible ocasion de encontrarle. Enriqueta resolvió hacer una tentativa extrema. Tratábase de la apertura de una esposicion de flores, en el Palacio de la Industria. En semejante dia *Paris* elegante, distinguido, inteligente, no deja de asistir, *toda él*, con el objeto de ver, — y tambien con el objeto de ser visto. Enriqueta supo esto por el caballero del palco, quien no perdía jamás una ocasion de hacer el amable. Dan las dos, y el cocheró se detiene á la puerta del inmenso palacio que Paris debe al vizconde de Rouville... Cuando digo *debe*, sólo hablo en el sentido moral, puesto que la ciudad ha pagado ese edificio en la suma de 12 ó 13 millones, para esponer, de tarde en tarde, cuadros, vacas, ó tarros. — Entran.

Enriqueta habia vuelto á ponerse su traje de la primera noche de teatro: verde-claro y grossella de los Alpes. Como no se habia hecho notar aquella noche, era un traje inédito. Van y vienen, y se detienen á contemplar esas plantas raras y exóticas que florecen, segun se dice, cada cien años, con tal que estén bien cuidadas, — ó bien tardan en dar su flor un espacio análogo al que se cuenta desde el período juliano hasta la creacion del mundo, si se las descuida un poco. No hay tal X\*\*\*! siguen á la muchedumbre que va á admirar un campo de azaléas, alternadas en todos los tonos, en que el rojo, el blanco, el amarillo y el azul pueden combinarse en los mas brillantes matices. Un grupo estaciona junto á una espesura de las mas hermosas. Enriqueta y su tia esperan su turno para aproximarse, cuando hé aquí que de repente se ve á uno de los guardas de la esposicion, con su levita verde y sombrero de picos, que abriéndose paso entre la jente, exclama con bastante vivacidad:

« — Señora, no se toca á las flores! »

« — A quién se dirige usted? Yo no las he tocado! — responde una voz con cierta acritud.

« — Cómo, señora, que usted no las ha tocado? Allí tiene usted tambien, en aquella espesura amarilla, una rama de azaléa violeta que con su sombrilla acaba usted de romper! Es triste oír mentir de esa manera á una persona tan bien vestida! »

« — Insolente! — gritó una voz varonil, — os atreveis á hablar así á esta señora... »

« — Calla y escúrrrete de prisa; — dijo al guarda al oírlo uno de sus cólegas de levita verde que acudió al primer grito; — mira que es una princesa rusa ó polaca!... y que va con M. X\*\*\*, célebre escritor, que tiene el brazo

largo... Si insistes, te romperá como á un pobre búcaro!

« — Yo no conozco á las princesas rusas, — contestóle el guarda, — pero conozco mi consigna... »

« — Escurrámonos, te digo! hay momentos en que es preciso saber hacerse el ciego y el sordo... Ven!... »

El guarda siguió á su camarada refunfuñando. Enriqueta acababa de reconocer á la señora cuya ostentosa entrada en el teatro, pocos dias antes, habia ocasionado cierta agitacion en el espectáculo. Toda su dicha por haber encontrado al inasible, se convirtió súbitamente en pena, por haberle hallado de nuevo con aquella mujer que, por mas que dijeran ser una princesa, parecia de modales algo extravagantes, y que no esplicaba suficientemente su calidad de extranjera. Enriqueta se sentia á la vez celosa y como herida de ver al que ella buscaba con los ojos y con el corazon, como haciendo alarde y comprometido por las escentricidades de la dama cuyo caballero aparecia ser.

« — Ha oído usted, tia, cómo ha apostrofado al guarda para defender á esa mujer! »

« — Sí, hija mia... hé aquí ya la segunda vez que los vemos juntos... Toma, por este lado vienen! »

Enriqueta, muy conmovida y un tanto indignada, quiso esquivarlos, y se asió al brazo de su tia. Pero ésta, que no abandonaba sus proyectos de Corbinot, creyó que seria muy sano y conveniente usar un poco de crueldad, y detuvo á la jóven, esperando que la vista de la intimidad de aquella extranjera con el escritor acabaria de abrir los ojos de Enriqueta sobre su locura. Entretúvola, pues, frente á una curiosa gabilla de *orquideas*, donde habia flores que se asemejaban, por el color y la forma, á mariposas, conos, casquetes, cornetas, mechas de pelo, ostras, y hasta las habia que parecían... flores! La extranjera y X\*\*\* pasaron por delante de aquellas rarezas florales, pero como se hallasen retenidos en su paso por la mucha jente allí agrupada, oyóse entre ellos este fragmento de diálogo:

« — Porqué no viene usted á comer á casa? Tengo hoy dos ó tres amigos de usted... y sopa de tortuga! »

« — Porque tengo que trabajar esta noche, — respondió el escritor con un tono bastante poco agradable, — y quiero comer solo con mis ideas! »

En este momento, los ojos de la señora se dirigieron hácia Enriqueta, y se fijaron en ella con cierta espresion de curiosidad. En seguida dijo, sin bajar la voz:

« — Hé ahí una jóven linda!... ha hecho bien en venir aquí... entre las flores, este es su puesto! »

« — Dónde está! » dijo X\*\*\* volviéndose.

Pero miró fatalmente al lado opuesto, y como la señora y él marchaban siempre con la muchedumbre, los ojos del escritor no pudieron encontrar á la persona que se le habia designado. Enriqueta se habia puesto mas encarnada que la azaléa mas inflamada de púrpura! Conmovida, turbada, presa del choque de tan diversos sentimientos, quiso marcharse. Su tia la oyó balbucear:

« — Dios no quiere!... »

Volviéronse, pues, tristemente á casa de la amiga hospitalaria, y á la mañana siguiente, la jóven — aconsejada sin duda por el silencio y el reposo de la noche, — declaró que queria marcharse inmediatamente para la Boisserie. Abreviarémos esta parte del relato que se hallará suficientemente esplicada por el mismo desenlace. Trascurrieron algunos meses.

JULES LECOMNE.

(Se concluirá.)





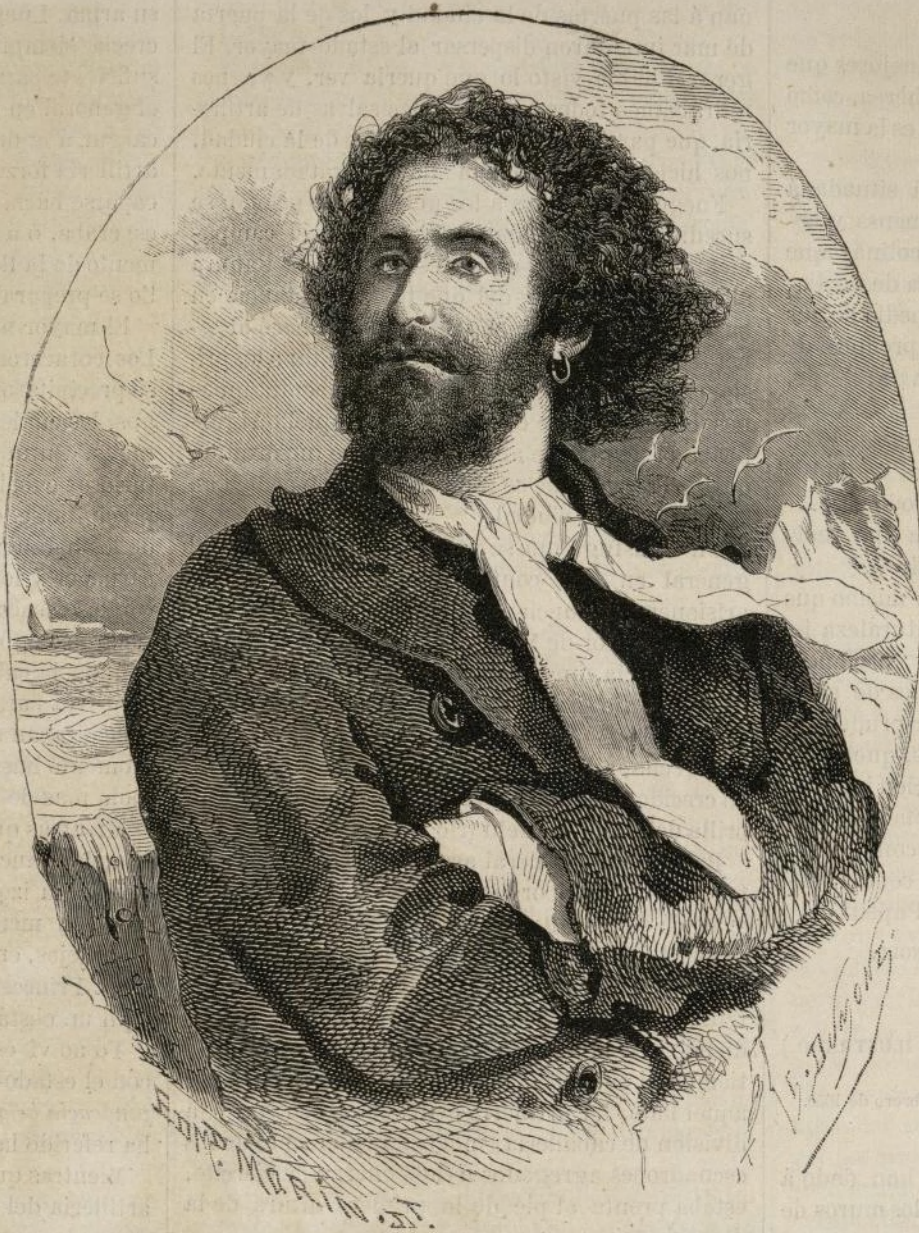
Guerra de Marruecos. — Episodio de la batalla del 31 de enero. Los escuadrones de Villa-Viciosa atascados en las lagunas de Tetuan.



## M. LAFONTAINE.

Al ver este retrato, tal vez costará trabajo el reconocer, bajo esa barba inculta y al través de ese bosque de cabello en desorden, á uno de nuestros cómicos mas elegantes, el único *primer galán* de París. *La Penelope normanda* ha exigido esa trasformacion indispensable á la verdad local; pero preséntese en seguida una nueva creacion, y M. Lafontaine volverá á ser lo que conocemos ya en él, es decir, el brillante Máximo de Champcey del *Romance de un pobre joven*, el elegiaco y apasionado Andrés Roswein de *Dalila*; y tendrá como siempre, la emocion, el encanto y todos los dones soberanos de la juventud y del talento en plena florecencia.

M. Lafontaine nació en Burdeos, de una familia verdaderamente patriarcal, que le destinaba al estado eclesiástico; pero escitado por una vocacion artistica que no habia esperado los años para declararse, frustró aquella esperanza y se entregó á una vida vagabunda, á la manera de Destin y de la señorita de l'Etoile, los poéticos héroes del *Romance cómico*. De provincia en provincia, de aventura en aventura, el joven Lafontaine llegó á París, y despues de un corto noviciado en los teatros de las afueras, fué contratado el en



M. Lafontaine en el papel del capitán d'Apreville de la *Penelope normanda*.

Gymnasio-Dramático, donde vino á ser el actor eminente que unió su nombre á las creaciones mas variadas y mas literarias.

Jorge Sand fué una de las primeras personas que le notaron, augurándole un dichoso porvenir, cuando le confió el papel de Fulgencio en el *Casamiento de Victorina*, y despues el de *Flaminio*. M. Em. Augier le dió el del enamorado de Filiberto, y A. Dumas hijo el del sereno y terrible conde de *Diana de Lys*. Cada uno de estos papeles recibió de M. Lafontaine el sello de una fisonomia profundamente original; pero ninguno le hizo tal vez tanto honor como el del coronel en el *Hijo de familia*; es verdad que ninguno era mas importante: M. Lafontaine revelaba en él una inteligencia cómica que nadie podia esperar.

Los triunfos de M. Lafontaine debian acabar por fijar en él su atencion la Comedia-Francesa, la cual le propuso una contrata ventajosa. Aceptó, y se ensayó durante algun tiempo en la tragedia; pero su naturaleza ardiente y flexible le llamaba mas bien hácia el drama y la comedia. Él lo conoció así, y una vez terminada su contrata, pasó al teatro del Vaudeville, adonde le siguieron las simpatías del público.

M. Lafontaine tiene treinta y tres años.

CÁRLOS MONSELET.



Colonias francesas.—Rada de Papeiti, en la isla de Otahiti, segun un dibujo sacado del alburn del señor conde Pouget, comandante particular de Papeiti.



## PAPEITI.

La rada de Papeiti es una de las mejores que posee la isla de Otahiti, la Nueva-Cytharea, como la habia bautizado Bougainville, y que es la mayor de las islas de la Sociedad.

La pequeña ciudad de Papeiti está situada á orillas del mar, en el fondo de la inmensa y segura cala formada por una serie de colinas que avanzan en el mar, afectando la figura de mediana. Osténtase lucida y hermosa en medio de sus bellos cocoteros, en un terreno que produce de todo con grande profusion, maíz, caña de azúcar, el árbol del pan, pimienta, etc.

En las selvas inmediatas abunda la caza, y en las aguas fecundas de aquellos parajes se multiplican los pescados de una manera prodigiosa.

Son los naturales de este país de un tipo realmente bello, si bien de color aceitunado.

Papeiti es un paraíso terrestre, y lo mismo que en el Eden, parece como que la naturaleza ha querido prohibir su entrada á los profanos, creando al rededor de la isla arrecifes de coral que sólo pueden evitarse con la mayor prudencia.

Hoy damos de este interesante país, que se ha negado siempre á admitir una guarnición inglesa, pero que, desde el año 1842, ha aceptado el protectorado de la Francia, una vista conforme á los dibujos comunicados por el señor conde Pouget, antiguo comandante general de Papeiti.

MAC VERNOLL.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Campamento de Guad-el-Gelu, 2 de febrero de 1860.

Mi querido director,

Desde mi última carta, los diarios han dado á Vd. noticia de una gran batalla bajo los muros de Tetuan. Los detalles de esta jornada son los que harán hoy el objeto de mi correspondencia.

En la mañana del 31, al salir de misa, el general en jefe, acompañado de todo su estado-mayor, después de hacer una visita al reducto que se está construyendo en este momento á una legua de Tetuan, fué á hacer un nuevo reconocimiento hacia las inmediaciones de la plaza. Algunos Moros que labraban la tierra, abandonando sus instrumentos de trabajo, hicieron fuego con sus espi-

gardas. Los cañones de las baterías que estacionan á las puertas de la ciudad y los de la puerta de mar intentaron dispersar al estado-mayor. El general habia visto lo que queria ver, y ya nos retirábamos todos cuando unas salvas de artillería, que partían de todos los puntos de la ciudad, nos hicieron volver hacia allá precipitadamente.

Fuegos semejantes á los nuestros de peloton se sucedieron con grande rapidez desde el campamento de los Moros que se estiende en la llanura al pié de la ciudad y del que tiene su estancia en las alturas de la derecha de Tetuan. Chocó al general esta demostración, é hizo preguntar á los prisioneros presentes en nuestro campamento, quienes declararon que evidentemente aquello significaba la llegada de algun personaje importante, ó los refuerzos que se esperaban y que acababan de entrar en la ciudad.

Un tránsito que se presentó aquella noche al general en jefe confirmó la suposición de los prisioneros, anunciando la llegada del hermano del Emperador de Marruecos, Muley-Achmet. En consecuencia, una tentativa era de esperar. Con efecto, al día siguiente, muy de mañana, presentábanse los Moros en la llanura: la caballería á la derecha, al pié de las montañas; la infantería, en crecido número, á la izquierda, sobre la opuesta orilla del Guad-el-Gelu (rio Martyn).

Prevenido el general acerca de este movimiento, hizo avanzar por la izquierda la division Rios; y al pié de las alturas, una parte del cuerpo del general Ros de Olano. El general Prim, con el segundo cuerpo, ocupaba la extrema derecha, y tenia la misión de formar la retaguardia, defendiendo el campamento y persiguiendo al mismo tiempo al enemigo, el cual no podia escapar por aquel lado. La artillería ocupaba el centro, y la division de caballería, independientemente de los escuadrones agregados á cada cuerpo de ejército, estaba pronta al pié de la primera altura de la derecha.

Fuegos de guerrillas preludiaron la batalla. Los enemigos, guarecidos detrás de los cerros, hallábanse en seguro abrigo. Los Españoles cubrían la marcha de la artillería que ocupaba sus posiciones.

La caballería de los Moros vino muy pronto á mezclarse con los tiradores, y cada jinete, describiendo un gran círculo con su caballo, venia á pasar con extrema rapidez ante el frente

de nuestras tropas, descargando al mismo tiempo su arma. Luego que los enemigos, cuyo número crecia siempre, se hallaron ser ya en cantidad suficiente para recibir el choque de la caballería, el general en jefe dió á los coraceros la orden de cargar á la derecha, mientras que en el centro la artillería forzaba á las líneas enemigas, ó á escaparse hacia la derecha, donde la caballería las esperaba, ó á volver á tomar la ruta del campamento de la llanura, donde otras fuerzas á caballo se preparaban tambien á cargar.

El mayor número se esparció por la derecha. Los coraceros, con una bravura casi temeraria, se precipitaron en medio de los caballos enemigos, los cuales tenían pronto refugio en sus montañas. Durante un momento, fué ésta una liza furiosa; caballos árabes sin sus ginetes venían á precipitarse, con la cabeza, baja hasta en medio de los batallones de la reserva: los jaiques encarnados y los blancos albornoces confundíanse con las casacas azules de nuestros coraceros. Y el espanto llegó á su colmo entre los enemigos, cuando la caballería de la division Prim se lanzó á su vez para perseguir á los fugitivos que se precipitaban siempre hacia la derecha. Desde este momento hasta el fin de la jornada, ya no se trató nada mas de la caballería mora.

Mientras que los coraceros cargaban á la derecha, los lanceros de Villaviciosa cargaban á su vez por la izquierda con el mismo entusiasmo, si bien con menos fortuna. Como en la batalla de Castillejos, en la memorable carga de los húsares de la Princesa, la caballería española encontró aquí un obstáculo que no esperaba (1).

Yo no ví esta carga. Me hallaba á la derecha, con el estado-mayor; pero mi colega de la *Independencia belga*, que asistía á este espectáculo, me ha referido la triste impresión que le causó.

Mientras que estas peripecias tenían lugar, la artillería del centro hacia siempre grandes estragos en los grupos enemigos que estaban refugiados al pié de las alturas.

El general Prim, confiado ya en la completa seguridad del campamento, transformaba á sus tropas en cuerpo de ataque, en vez de mantenerse á retaguardia. La caballería se replegaba retirándose, con el objeto de dar paso á unos batallones de infantería.

(1) Véase la correspondencia de un oficial español.

## DOS TESTARUDOS.

Una mañana del año 184..., el comandante Morisot, capitán de buque de la marina real, despertó casi de buen humor, lo que era una grave derogación á sus hábitos. Es necesario decir, para ser justos, que no habia habido premeditación de su parte en este hecho anormal: solamente que, la víspera por la noche, su antiguo amigo, el doctor Méchain, le habia comunicado noticias satisfactorias respecto de una joven que el comandante buscaba inútilmente hacia ya algun tiempo; y por otro lado, habíase sentido, al abrir los ojos, completamente desembarazado de un ataque de gota que le confinaba á su poltrona desde su llegada á París y que le impedía hacer, por sí mismo, las investigaciones para las cuales habia solicitado una licencia.

En la época de su última estancia en el golfo de Méjico habia prometido á su antiguo camarada, el almirante Borda, que serviría de padre á una joven que éste habia dejado en Francia, y el anciano oficial habia podido pagar mas tranquilamente su tributo á la fiebre amarilla, sabiendo que el comandante Morisot cumpliría su promesa. Tenia en efecto y á pesar de su aspereza aparente

un excelente corazón el digno comandante. Los marineros le habian dado el epíteto de capitán *Viento-recio* á causa de los cambios incesantes de su carácter; pero amábanle y éranle adictos hasta la abnegación. Si no escapaban, como decían ellos mismos, por la mas ligera infracción á la disciplina ó por la menor torpeza en la maniobra, si el domingo por la mañana llovían las horas de peloton como granizo espeso cuando pasaba revista á la tripulación, en cambio no tenia igual para los cuartos de vino suplementarios cuando todo se hallaba bien aparejado, y para llenar los bolsillos de los gabieros y de los hombres de la batería en los días solemnes de Santa Bárbara y de San Épissoir.

El comandante poseía, en efecto, de cincuenta á sesenta mil francos de renta; pero apenas gastaba sus honorarios, y salvo la pensión de un sobrino, quien usaba por lo demás ampliamente de su generosidad, todas sus rentas pasaban á aumentar las pensiones de algunos viejos marineros, á comprar la chalupa y las redes necesarias al que habia concluido su servicio al Estado, ó á asegurar una renta á algunas infelices mujeres cuyos maridos habian vuelto el timón hacia la eternidad, durante el curso de la campaña segun la expresión de Languidic, jefe de los timoneros. Solamente que era necesario que no se eciese

sospecharse sus buenas acciones, pues el comandante tenia la pretensión de poseer un corazón de roca, y nada le exasperaba tanto como el ver que uno de sus protegidos no podia menos de decirle que era muy bondadoso.

Otra pretensión del capitán, pero debe decirse que esta era muy bien fundada, era el conocer á fondo su oficio y poder dar una lección al primero que viniese acerca del arte de hacer maniobrar un pedazo de madera, como él llamaba á una fragata. « Es un buen maniobrista, un marinero consumado », repetían con frecuencia los gabieros cuando acababa de mandar en persona una virada de bordo ó la toma de una boya; « no tiene igual para tirar la escota, no es él quien tiene miedo de acercarse á las costas y de enseñar á la tierra cómo está hecha una fragata. »

No obstante, á pesar de su fortuna, á pesar de su reputación de excelente marino, á pesar de su espléndida hoja de servicios, el digno oficial no habia conquistado todos sus grados sino por antigüedad. En el momento en que empieza esta historia, acababa apenas de ser nombrado capitán de buque, y todos repetían, él aun mas que los otros, que nunca llevaria las estrellas de contraalmirante. « Cincuenta y tres años, una salud de de hierro, y siete años de barloventear, tal es mi balance, » repetía muchas veces, « después de lo



Entonces se ejecutó un movimiento general que hizo creer á todos cuantos ignoraban el plan de batalla que el ejército iba á apoderarse del campamento enemigo. Las cornetas dieron la señal de ataque, y en un instante viéronse las alturas desde donde los Moros hacían fuego sobre la caballería coronadas por la infantería española.

Los batallones de Baza, Albuera y Ciudad-Rodrigo, habíanse lanzado al grito de: Viva la Reina! aventando de allí al enemigo. Quisiera saber el nombre de un soldado que se adelantó á la cabeza de todos, y que fué el primero que llegó á la cima de la colina.

Los Moros iban retirándose de altura en altura ante las cargas á la bayoneta de estos batallones. Estableciéronse nuestras tropas sólidamente en aquellas posiciones, sólo para probar á los Moros que, á pesar de los refuerzos que habían recibido, á pesar de los nuevos gefes que tenían á su frente, podían los Españoles avanzar hasta á sus últimos atrincheramientos.

Llega la caída de la tarde, y bien pronto el *alto el fuego!* que hacen oír las trompetas, anuncia la retirada á los dos campos contrarios.

El momento crítico se aproxima ya. Pasado mañana van á ejecutarse los primeros movimientos y se estacionarán las piezas de sitio.

El general en jefe se ha propuesto no perder ni un solo hombre para entrar en Tetuan, y si encuentra una resistencia obstinada, bombardeará friamente la plaza hasta reducirla á un montón de escombros.

Espero dar á Vd. pronto la narración del sitio.

Campamento de Muley-Achmet. — Tetuan, 4 de febrero de 1860.

Escribo á Vd. en el campamento de Muley-Achmet, donde han entrado hoy mismo las tropas españolas, á las dos de la tarde, al grito de: Viva la Reina!

En estas pocas palabras se encierra todo un drama gigantesco que yo no intentaré hoy siquiera describir á Vd.

Cuando uno ve la historia tan de cerca como nosotros la hemos visto hoy, pierde las ganas de escribirla.

El nombre de los Catalanes está en las bocas de todo el mundo. Este batallón, llegado en la noche anterior, sin mas objeto que el de hacer á la patria el sacrificio de sus vidas, ha perdido exactamente la mitad de su efectivo.

No es posible pedir mas á su comandante, el cual murió al frente de su batallón, con sus dos capitanes.

El regimiento de Leon entró el primero en la brecha, sostenido por la compañía de granaderos de Saboya, y el general Prim, á la cabeza de estos valientes, entró á caballo por una tronera de cañón. Un instante despues, dábale yo un apretón de manos, y pude ver la hoja de su espada torcida, su uniforme cubierto de sangre y su caballo herido en el pecho, como los valientes.

En cuanto á mí, habiendo dejado mi borrico en el campo, en la batalla del 31, he seguido todo el movimiento montado sobre un cañón.

Mil tiendas, nueve cañones, diez y siete camellos, los bagajes de los dos hermanos del Emperador, caballos, mulas etc., han caído en poder de los Españoles, cuya bandera tremola también sobre la torre que domina el campamento de Muley-Abbas, situado á media legua de este otro campamento.

Yo soy profano en asuntos de estrategia, pero en la noche de la víspera, los oficiales de E. M. me habían explicado largamente el plan de ataque de los campamentos, y ni un solo movimiento se ha cambiado.

Esta batalla me parece una de las mas bellas operaciones militares.

El general O'Donnell, con la serenidad del héroe en medio de todo género de peligros, ha dirigido toda la acción, pasando de uno á otro cuerpo de ejército.

Los artistas y los periodistas, prevenidos del ataque de este día, habían hecho solidaria su suerte, permaneciendo juntos desde el primer cañonazo hasta la conclusión del drama.

Confieso, no sin orgullo, que ellos han sido de los primeros que penetraron en el campamento enemigo.

A partir de este día, todo adquiere aquí ya un grande atractivo: yo me hallo en el campo de los enemigos, donde cada piedra tiene su carácter.

Voy á trabajar para ustedes, — pero qué de dificultades! — De todo carezco, hasta de un lápiz! — Acampamos en el campamento mismo de Muley-Achmet, y nuestros bagajes y acémilas se hallan á legua y media de distancia: — Estamos á un tiro de fusil de la ciudad.

El correo de mañana llevará á usted cuatro dibujos hechos aquí. — Yo considero como un sue-

ño, el haber trazado estas líneas en un campamento de 35,000 hombres tomado por un puñado de valientes. Gracias por sus cartas de usted, que me procuran gran placer, recibíendolas á tanta distancia.

4 de febrero.

Al siguiente día de la batalla en que el ejército se apoderó de los campamentos enemigos, vino una diputación de parlamentarios á conferenciar con el general, quien les ha dictado sus condiciones, dándoles 24 horas para aceptarlas.

Algunos judíos, en representación del comercio, y dos cónsules extranjeros, también israelitas, se han presentado, sin ceremonial ninguno, en nuestro campamento, portadores de la bandera blanca. Una conferencia de media hora bastó al general en jefe para formular su ultimatum.

El mismo día se hizo que avanzasen algunas piezas de sitio; y el general Prim, con su división, tomó las alturas que dominan á la plaza.

5 de febrero.

A las nueve, un parlamentario solo vino á entregar un pliego al general en jefe. La ciudad se rendía á discreción; pero entre tanto, los Kabylas y la guardia negra la estaban saqueando, en medio de una carnicería horrorosa. Muley-Abbas había hecho cortar la cabeza á todos los gefes de las tropas que no habían podido oponerse á la invasión de su campamento por los Españoles!...

El general dió orden de montar á caballo, é hizo que avanzase la división Rios, la cual ocupó la ciudad. Los judíos besaban los estribos del general y de los oficiales; la muchedumbre gritaba: « Viva la Reina! viva la España! »

La población presenta un aspecto lamentable: las calles alfombradas de cadáveres, las casas todas saqueadas, los judíos sin pan, sin abrigo, las mujeres cubiertas de harapos, llorando y vociferando contra los Moros.

Éstos han abandonado la plaza y refugiándose en la montaña. Algunos de ellos, absortos de estupor, vienen hasta las puertas de la ciudad, y su admiración es grande al verse acojidos sin represalias.

Los acontecimientos se suceden con demasiada rapidez: yo no hago mas que copiar mis notas, en la imposibilidad de escribir cartas.

La grande impresión de la jornada, es mi visita al barrio de los judíos.

cual vendré á encallar en el banco del retiro en donde ninguna marea podrá ya hacerme flotar. » Por lo demás, tomaba filosóficamente su partido, y si alguno aventuraba una queja sobre el particular, ó le preguntaba cómo era que hubiese sido tan poco favorecido por las circunstancias: « Eh! Dios mio! es cosa muy sencilla, » respondía, « eso depende de que nunca he perdido un buque. » El anciano capitán pretendía que, cuando se quería ascender, era preciso perder un buque, en atención á que no había ejemplo de un oficial que, en semejantes condiciones, no hubiese subido de grado inmediatamente.

Otra causa que no había contribuido ménos sin duda que la precedente á retener á M. Morisot en los grados inferiores, era su desdén por la navegación de vapor. El odio del maestro de postas contra los caminos de hierro, del colono por la remolacha, del fuego por el agua, eran tortas y pan pintado al lado de la aversión del comandante por los nuevos buques. Se asegura que lo que se siente bien se enuncia con claridad. Se echa de ver naturalmente á qué escases de lenguaje se abandonaba cuando se tenía la imprudencia de abordar en su presencia esta cuestión llena de borrascas. Hubiera preferido, en cuanto á él, conducir un simon á mandar uno de esos espantosos zuecos de ruedas ó de hélice. Qué mé-

rito hay, en efecto, cuando se monta una de estas máquinas que pueden fácilmente avanzar, retroceder ó quedarse inmóviles, dirigirse á derecha ó á izquierda á voluntad, sin ocuparse de los vientos, de las corrientes, de la calma y de la marea? que mérito, en efecto, hay en caer exactamente en un canalizo difícil ó doblar un cabo peligroso? Proteger, aprobar semejante invención, era quitar al oficio de marino todo lo que tiene de noble, de elevado, de poético. El digno oficial iba á buscar auxiliares para su argumentación hasta en la poesía. Ya se deja ver, por consiguiente, hasta donde rayaba su exaltación.

Pero, aquella mañana, estos pensamientos se hallaban lejos del espíritu del comandante, y, concentrado en la alegría de haber encontrado á la hija de su antiguo camarada y de hallarse desembarazado de la gota, marchaba á grandes pasos por su salón, mientras que Languidic, transformado momentáneamente en mayordomo, acababa de poner los cubiertos en una pequeña mesa al lado de la chimenea.

— Cómo! decía á sí mismo M. Morisot, esta joven á quien buscaba yo desde hace seis meses se hallaba cerca de mí! Maldita sea esta ciudad de París, en donde nadie se conoce; hablese de Pampol ó de Quimperlé, en hora buena; no es allí donde la hija de un almirante sería desconocida. Y pensar

que sin ese bueno de Méchain, que ha asistido á su madre, habría yo corrido riesgo de pasar aun meses enteros sin descubrirla! Felizmente voy á poder reparar el tiempo perdido, ahora que ya me hallo boyante. Pobre muchacha! que perdía á su padre en las Antillas, mientras que su madre se estaba muriendo del cólera y que se halla sin otro recurso que la pensión concedida por la ley á la hija de un almirante: mil doscientos francos por todo! No hay siquiera para tener una sopa diaria.

Cuando M. Morisot comenzaba á formar un proceso al gobierno, tenía materia para mucho tiempo; pero esta vez fué interrumpido por la voz de maese Languidic, quien, con la mano derecha á la altura de la frente y la izquierda en la costura del pantalón, exclamaba:

— Comandante! el almuerzo está aparejado.

— Pues qué hora es? preguntó el oficial, sorprendido en medio de sus reflexiones por la voz del antiguo timonero.

— Comandante, acaban de picar las nueve.

— Te crees pues siempre á bordo, viejo Mathurin, que no puedes renunciar á tu vocabulario de timonero. Se debe decir aquí, el almuerzo está dispuesto, y no el almuerzo está aparejado; son las nueve, y no acaban de picar las nueve.

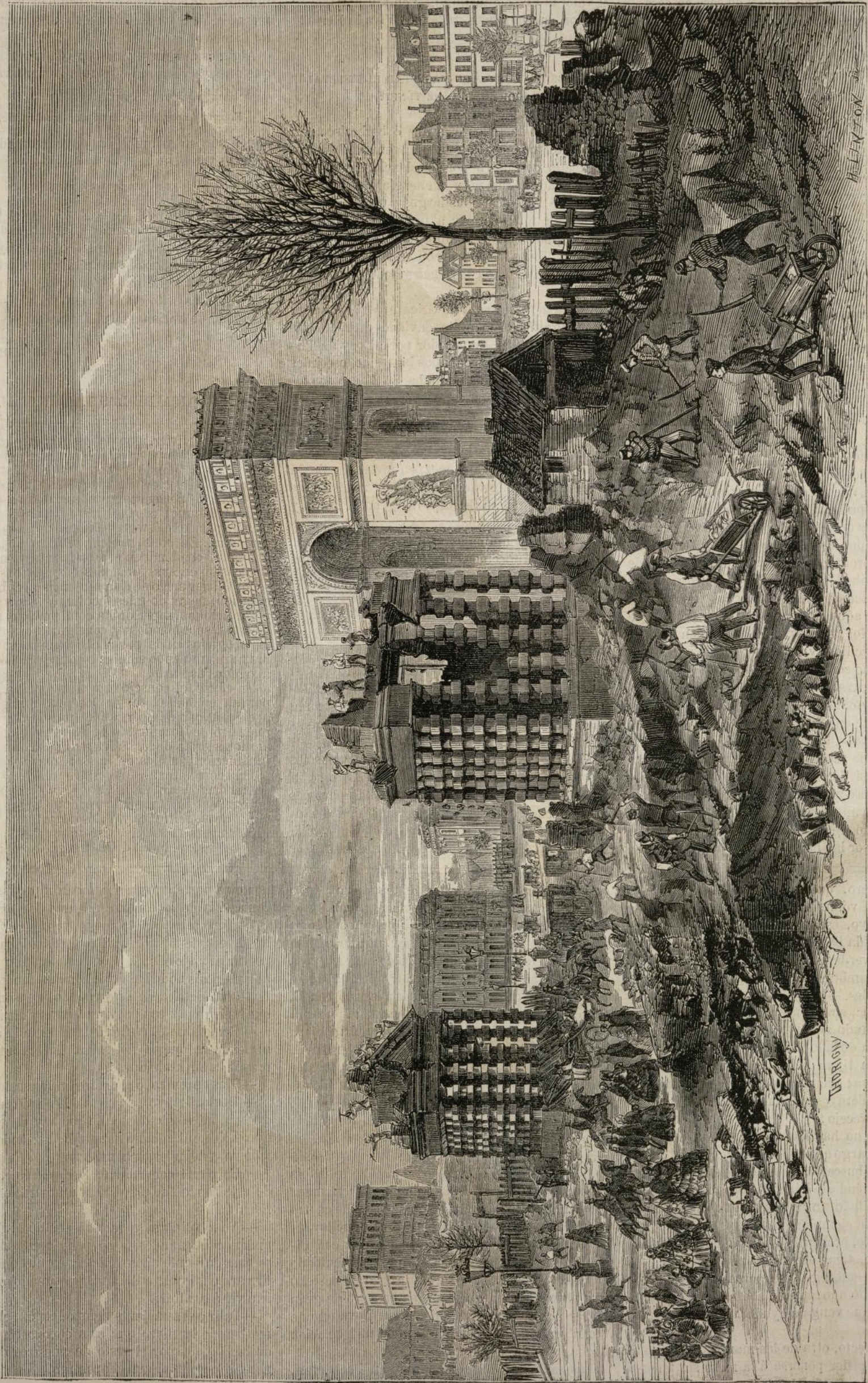
— Lo sé, mi comandante, me lo habeis repetido





Caballos ofrecidos al Emperador por el bey de Túnez y presentados á S. M., el 8 de febrero, en el patio de las Tullerías, por Sidi-Salah, caballerizo del bey. (Cróquis de M. Moullin.)





Demoliciones de las barreras de Paris. — Fisonomía de la plaza de la Estrella.



Acampamos fuera de la poblacion. Mañana irémos á vagar de calle en calle y de casa en casa.  
 Qué cuadros á cada paso!  
 Pronto irán los dibujos.  
 Su afectísimo,

CÁRLOS YRIARTE.

Nuestro obsequioso corresponsal, el oficial español que nos ha dirigido ya algunas cartas, nos envía hoy el relato y el croquis de un episodio interesante. Tenemos el mayor gusto en poner uno y otro á la vista de nuestros lectores.

Campamento del Rio-Martin, 2 de febrero.

Bien quisiera yo poder trazar á usted en algunas líneas todos los episodios interesantes que han marcado la gloriosa jornada del 31 de enero. Pero necesitaría escribir un diario, si tuviera la pretension de consignarlos todos.

Me contentaré, pues, hoy con enviarle á usted lo que le interesará tal vez mas que la narracion misma, el croquis de una carga de la caballería española.

Lanzábanse al galope los escuadrones de Villaviciosa sobre la caballería marroquí, cuando hé aquí que, dando en un terreno pantanoso, y en la imposibilidad de detener á sus caballos en lo fuerte del galope, quedan allí atascados. Los primeros ginetes, no pudiendo continuar su carrera con unos caballos que patean en el fango, se ven atropellados por los que vienen detrás, formándose allí muy pronto una confusion de hombres y de caballos derribados que sucedió al belicoso arranque de los escuadrones. Cada cual procura ver cómo sale de aquel terreno cenagoso, pero nadie puede lograrlo, pues los caballos hunden sus piés en el suelo arcilloso y no les es posible mover sus miembros sino con extrema dificultad.

Viendo los Arabes el grande apuro de sus enemigos, se aproximan al pantano y se divierten en disparar sobre aquellos infelices soldados que están en la imposibilidad de defenderse. Los Españoles caen de sus caballos en el fango, donde sirven digámoslo así de blanco á los tiradores marroquíes. Viéronse algunos Moros arrojar al agua, entrar en el pantano y rematar con el yatagan á los desdichados que sólo habían sido hasta entonces heridos por las balas.

bastante; pero, qué quereis? esto en mí es mas fuerte que la voluntad. Cuando ha pasado uno, como vos y yo, salvo vuestro respeto, cuarenta años de su vida llamando gato á un gato, y toda cosa por su verdadero nombre, cuesta mucho trabajo el acostumbrarse á ese language adulterado de las ciudades.

Y Languidic, sin aliento por tan largo discurso, indicó con mudo ademan la mesa servida que se hallaba cerca de la lumbre.

Causó una lijera sonrisa al comandante esta pequeña mesa; dió algunos pasos para sentarse á ella; pero detúvose en medio del camino frunciendo el entrecejo:

— Porqué no ha llegado todavía mi sobrino? Sabe sin embargo que no puedo almorzar ni comer solo. Ve á buscarle, y muévete mas apriesa, añadió volviéndose hácia Languidic, quien se había precipitado sin embargo fuera del salon con una prontitud ejemplar.

— Es cierto, prosiguió el comandante en forma de monólogo, tiene atenciones ese muchacho por su tío: sin embargo, me parece que es lo de ménos, cuando uno tiene un sobrino que le cuesta tan caro, el que venga á ayudarle á tener un poco de apetito.

Era, en efecto, otra de las manías del comandante el no poder ponerse á la mesa sin tener á

Pero á aquellos bravos ginetes no los abandonó el valor ni un solo instante, y en tan horrible situacion, morian todos gritando: Viva la Reina!

#### CABALLOS ENVIADOS Á SU MAGESTAD EL EMPERADOR POR EL BEY DE TÚNEZ.

El caballo de Oriente, árabe ó berberisco, es, segun lo ha demostrado bien el general Daumas, el caballo de guerra por excelencia. Además de la agilidad, la fuerza y la energía, posee la facultad de hacer corridas largas y penosas, de resistir á la intemperie y á numerosas privaciones: «Puede con el hambre, con la sed y con la fatiga.» Todos los climas son buenos para él, todas las latitudes le convienen y todo alimento le nutre.

A esta hermosa raza de Oriente pertenecen los diez magníficos sementales enviados últimamente á Su Magestad el Emperador por el bey de Túnez. Cuatro de estos caballos han sido escogidos entre los mismos que montaba Su Alteza, y los otros seis, que no son menos hermosos, proceden de las caballerizas del bey.

Estos diez caballos fueron montados, el 8 de febrero, en el patio de las Tullerías, por Sidi-Salah, caballerizo del bey de Túnez, en presencia de Su Magestad el Emperador, del señor ministro de Estado, del general Fleury, del general Rollin y de otros varios personajes.

Estos nobles animales están confiados al cuidado de los Tunecinos que los han traído y que, habiéndolos educado, conocen todos sus hábitos.

MAXIMO VAUVELET.

#### LA BARRERA DE LA ESTRELLA.

Desde el 1º de enero de este año, se trabaja en la demolicion de la antigua muralla y de las barreras, destruyendo esa inmensa telaraña con la cual envolvieron á Paris los asentistas generales en 1784.

Hoy, algunos lienzos de muralla se elevan solos contra el mal gusto del arquitecto Ledoux, á quien se debia el plan de aquellas estrañas construcciones. Gracias á la actividad de los demolidores, la plaza del arco de triunfo de la Estrella no se verá ya muy pronto obstruida por

quién hablar. La costumbre de tener á su lado, á bordo, al capellan, al capitán de la fragata y al cirujano en jefe, le quitaba el hambre cuando no podia reemplazarlos en tierra por algunos convidados. En Brest ó en un puerto de mar era cosa fácil, encontraba siempre algun antiguo camarada ó algun oficial que había navegado con él, que consentia en participar de su mesa, pues era sabido que el comandante no trataba á la lijera la accion de comer ó de almorzar. Pero en Paris, en donde no conocia á nadie, era indispensable que su sobrino, de grado ú por fuerza, le hiciese compañía. Esto contrariaba un poco al jóven, quien llevaba una existencia bastante esmaltada de almuerzos en el *Pabellon de Enrique IV*, en San German, y de comidas en el *Pequeño Molino-Rojo*; pero como el digno comandante había conservado las horas de á bordo para efectuar sus colaciones, las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde, el jóven Parisiense tenia que levantarse mas temprano y hacer desaparecer con disimulo en un saco de papel, de que tenia cuidado de proveerse á este afecto, un pedazo de pastel ó una pierna de ave, que causaba en seguida gran placer á un buen perro de Terra-Nova que no temia comprometer su apetito por una colacion hecha fuera de sus horas.

Las estancias del comandante en Paris eran,

aquellos dos monumentos (si es que así pueden llamarse) de columnas de un estilo extravagante-mente ecléctico que flanqueaban la avenida de los Campos-Eliseos.

Algunos dias mas, y nos será dado admirar, sin que nuestra vista sea ofuscada por una vecindad heteróclita, eso arco desmesurado,

Monceau de pierre assis sur un monceau de gloire,

aquel pórtico triunfal en cuyo animado friso creemos ver

Revivre le grand peuple avec la grande armée.

Algunos esfuerzos mas, y el arco de triunfo, rodeado de palacios dignos de figurar en derredor de su base, dominará desde su bóveda majestuosa aquella plaza adonde vendrá á confluír todo un sistema de anchurosos boulevards, y que formará la mas bella etapa de esa via artística que la ciudad de Paris traza al través de sus monumentos.

LÉO DE BERNARD.

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

El señor Olivier, uno de los oradores mas distinguidos del foro, miembro tambien del Cuerpo Legislativo, donde representa un distrito de Paris, por eleccion del partido democrático, á cuyas ideas pertenece, pronunció dias pasados ante el tribunal ciertas frases llenas de calor y vehemencia, que éste creyó ofensivas á su decoro y dignidad. En consecuencia, el tribunal juzgó al abogado, condenándole á sufrir tres meses de suspension en sus funciones de juriconsulto. El señor Olivier apeló de esta sentencia al tribunal de casacion, negando tales facultades á sus jueces; pero el tribunal superior ha confirmado el acuerdo de estos, sucubiendo por consiguiente la causa de los abogados en la persona del suspenso, ú mas bien, sucumbiendo el mismo consejo del orden de abogados de Paris.

En efecto, el consejo era el que había tomado por su cuenta el dirigir los procedimientos de apelacion, y había persistido en reclamar para el miemdro del foro herido de suspension la jurisdiccion secreta de las Salas reunidas, en vez de la jurisdiccion pública de la Sala de apelacion de policia correccional, que el tribunal persistia en querer imponerle. Causábale repugnancia el ver la toga del juriconsulto rodando sobre el banquillo de los ladrones y de los vagos. Pero... bah! Por ventura no se ha visto á muchas personas honorables, soldados de la prensa, hombres emi-

por otra parte, tan raras y tan cortas, y sabia reconocer tanto la condescendencia del jóven, que éste se prestaba con la mejor voluntad posible á los deseos de su tío. Una sola cosa daba en qué pensar al viejo oficial, y es que, desde su llegada á Paris, Luis no le había pedido aun dinero; pero no se inquietaba de este retraso, pensando que quedaria en paz con pagar intereses y capital.

— Comandante! exclamó de repente Languidic abriendo la puerta del salon, he encontrado al mayor en las hechaduras.

— Has encontrado al doctor en la escalera?

— Doctor ó mayor, escalera ó hechaduras, como gustéis, mi comandante. Lo que hay de cierto es que, héle aquí, añadió Languidic haciéndose á un lado para dejar pasar al médico.

— Ea bien! comandante, exclamó éste, sanais de este modo sin esperar la autorizacion de la Facultad?

— Ya lo veis, amigo mio, respondió M. Morisot andando á grandes pasos; he recobrado mis piernas de veinte años. Así que, espero que vais á firmarme mi boleta de alta, pues tengo prisa de ir á ver á esa niña.

— Salir con semejante tiempo! repuso el doctor mostrando la nieve que caia á copos; hay para daros la gota por el resto de vuestros dias. Es necesario guardar aun el aposento.



nentes en política y en letras, comparecer ante ese tribunal? Y, para no citar sino un solo nombre, no vimos al conde de Montalembert, hará algunos meses apénas, llamado á aquel mismo lugar? Sin duda que es preciso preocuparse de la cuestion de dignidad; pero la cuestion de garantía, la cuestion de publicidad, tienen tambien su valor; y así se comprende que el señor procurador general Dupin haya estrañado mucho que unos hombres para quienes la palabra es el todo quieran sacrificarla á tan poca costa: «Cómo! (esclama) y sois vosotros, señores» abogados, los que reclamais el secreto de los debates! sólo de vos depende que esa peroracion *pro domo* sea pronunciada en pleno Forum, y *pedís las catacumbas!*»

Y mas adelante, completando su pensamiento: «Ah! si yo fuera aun abogado, — añade — y se tratara para mí de justificarme por una palabra ó frase salida de mi boca en la audiencia, al principio ú en el decurso de una improvisacion en la libre defensa de un acusado, — sea que me aviniese á reconocer lealmente que mis palabras habian ido mas allá que mi pensamiento, y manifestar por ello mi pesar á los jueces, — sea que la verdad y la conciencia me obligasen á decir resueltamente: No, yo no me he excedido, no he hecho mas que usar de mi derecho, hé aquí los hechos, la Sala juzgará mis intenciones; — de todas maneras, y cualquiera que fuese mi sistema de defensa, no sería á puertas cerradas como yo desearia dar mis explicaciones. Censurado en la audiencia, castigado publicamente, publicamente y en plena audiencia es como yo querria defenderme: la audiencia es el campo de honor de los abogados!»

Yo confieso mi flaco por la elocuencia de M. Dupin, me gusta su modo pintoresco de decir las cosas, su lenguaje que nada tiene de afectado, que no aspira á la falsa majestad, en que la razon se hace accesible y familiar, en que el buen sentido brilla con agudezas imprevistas. Me agrada ese númen galo, esos arranques francos y decididos que no escrupulizan jamás la palabra propia, aun cuando no sea ésta la palabra convenida. Pero qué precision, qué nitidez, qué lógica, qué instinto jurídico! Y lo que es mas digno de notarse tal vez, qué verdor, qué juventud en ese viejo atleta! Su último alegato vale tanto, en su género, como sus mejores informes de la Restauracion. Esto es Dupin revisado y corregido, me decia al salir de la audiencia un antiguo periodista, y yo opinó que tiene razon.

Otro proceso de abogado. Este tenia por teatro una de las Salas de la Audiencia Imperial. Tambien era un pleito *pro domo*; pero en diverso sentido de como lo entiende M. Dupin. Aquí el abogado pleiteaba por sus honorarios. Habia él defendido ante el tribunal de *assises* de Troyes á un

ciudadano de aquella tierra acusado de estupro y de asesinato, teniendo la dicha de salvarle la vida. Antes de los debates, le habia entregado la familia de su cliente una provision de 500 francos, la cual, segun llegó á comprender el defensor, debia ser aumentada en 2,500 francos despues de la vista del proceso. A su juicio, esto no era demasiado; pues habia tenido que hacer un viaje á Paris, con el fin de consultar á un médico-legista, se habia consagrado en cuerpo y alma á la salvacion de su cliente... y quién sabe si las emociones del debate no habrán abreviado, siquiera sea en algunos minutos, la suma de su vida? En todo caso, la cabeza del *Troyano* valia bien unos mil escudos, y nuestro abogado estrañó muchísimo cuando vió venir á la familia de este último á regatearle por justicia el suplemento de 2,500 francos. Fallando sobre esta reclamacion, el tribunal de Troyes la habia acogido; pero el tribunal superior la ha desestimado.

En Paris no habria podido suscitarse nunca un proceso semejante. Aquí los reglamentos del foro rehusan á los abogados toda accion judicial por el pago de sus honorarios. Esto es cosa sabida, y es preciso ver ahora cómo el cliente abusa, — el cliente *criminal* sobre todo. Vedle la víspera de la audiencia: es adulator, obsequioso, suplicante: es su honor, su vida lo que teneis en vuestras manos; su fortuna os pertenece, y la pone á vuestros piés... despues del proceso. Vedle ya libre, gracias á vuestros esfuerzos, á vuestro celo. Pues bien! Si llegais á encontrarle al dia siguiente, le veréis pasar sin saludos por el lado opuesto de la calle, y si llueve, ni os ofrecerá siquiera la mitad de su paraguas. La vieja farsa de Pathelin siempre es de circunstancias: Agnelet continúa pagando en la misma moneda. Dícese que hay abogados que, hartos ya de verse chasqueados, se han constituido bajo el pié de exigir sus honorarios adelantados, dando el pretexto de que, ellos tambien, como el tendero de la esquina, tienen que pagar su patente. Pero esto no es mas que un vago rumor que el tendero pone en circulacion sin duda.

Ya os he referido el pleito entablado entre los editores de la biblioteca elzeviriana y M. Alleaume, quién se habia encargado de publicar en esta compilacion las obras del poeta Théophile. M. Alleaume venia, al cabo de tres años, á pedir la supresion de ciertos documentos escabrosos que se hallan insertos al final de la obra. El tribunal ha hallado su pudor algo tardío, desechando la demanda. El señor abogado imperial Try se ha mostrado severo con M. Alleaume, reprochándole ágríamente la parte que habia él tenido en la publicacion de semejante libro, y hasta aplicándole el famoso adagio: *Nemo creditur turpitudinem suam allegans*. El honorable magistrado dijo tambien lo que creyó conveniente de Théophile. Lo confesaré? El alegato póstumo que ha lanzado al

pobre poeta me ha parecido algo sobrecargado de color. Me parece que se habria podido distinguir entre las obras y el escritor. Por ventura no hay en la época en que vivió Théophile, en las vicisitudes que él sufrió, en los hábitos literarios de aquel tiempo, con que merecer á los ojos de la posteridad, si no su gracia completa, á lo menos las circunstancias atenuantes?

Acabo de señalar rigores á propósito de un debate civil, y por un singular contraste, hé aquí que me encuentro con la indulgencia ante el tribunal correccional.

No os ha sucedido alguna vez, al pasar por una de esas plazas públicas donde los saltimbanquis han sido autorizados para instalar sus tiendas, el ver á un operador al aire libre ofreciendo á las niñas y á los soldados que componen su auditorio la galanteria de una chispa eléctrica? Aquel operador se llama Lablanche, y no podriais sospechar siquiera que su historia es una de las mas lastimeras y de las mas tristes que es posible imaginar.

A la edad de 21 años, era estudiante de medicina. Mientras que seguia sus cursos, se ocupaba de química, de electricidad sobre todo, ciencia por la cual se habia apasionado. Un dia, haciendo sus esperiencias eléctricas, recibió una descarga terrible que le atravesó la cabeza. La conmocion produjo un derramamiento en el cerebro, y el desgraciado quedó sordo, mudo, ciego y paralítico en la mitad del cuerpo.

Enfermo, sin recursos, admitiéronle en Bicêtre como incurable. Poco á poco fué recobrando sin embargo el uso de sus sentidos y sus fuerzas físicas. Era menester vivir: aconsejaronle que sacara partido de sus conocimientos científicos. Por toda fortuna, quedábanle sus instrumentos, que habia él adquirido á fuerza de privaciones. Con ellos podia ganar su vida *trabajando* en la plaza pública. «En esto (él mismo lo ha dicho) no habia deshonor.» Por consiguiente, pidió su licencia á la Prefectura y se puso á trabajar en la plaza de la Bastilla.

Así es como se está ganando su vida, hace ya quince años, fiel á sus queridos estudios, amante siempre apasionado de esa ciencia de la electricidad que sin embargo le habia maltratado á él tanto. Sus esfuerzos han sido coronados con buen éxito; pues ha inventado una máquina maravillosa que él maneja con singular habilidad. Varios médicos que han sabido apreciar su invencion le envian aquellos de sus clientes cuya enfermedad reclama la aplicacion de la electricidad; y el pobre operador halla así entre actos productivos que alternan con sus representaciones al aire libre.

Pero cómo se explica que él sufra hoy la afrenta de la policia correccional?

Parece ser que un dia se olvidó del límite que

— Eso es, hasta el fin de milicencia ¿no es verdad? Pensad que no he dejado el buque desde hace dos años, y que es preciso que dentro de quince dias haya tomado mi mando.

— Razon mas entónces para no cometer imprudencias y recaer enfermo. Pero, comandante, vais á dejarnos pues otra vez; nunca pensaréis en reposaros?

— Qué quereis, amigo mio, no es ciertamente que me falten deseos, y me he hallado muy próximo mas de una vez á colgar para siempre en un clavo mi sable y mi bocina; siempre he pensado en arrojar el áncora para crearme al fin un interior; pero no querrán nunca dejarme partir, pues saben que les soy muy útil. Y no son mas reconocidos por eso; cuando hay una plaza vacante, nunca se piensa en mí para dármele, pero todas las veces que hay que enviar un buque á los antipodas ó que dar una comision molesta, no dejan de pensar en nosotros; pues saben perfectamente que no es á los que han aprendido el oficio en los buques de vapor á quienes se pueden confiar esas misiones. Perderian todos nuestros navios y nuestras fragatas de vela, que son los únicos buques verdaderos.

— El hecho es, repuso el doctor, que nuestra marina no es feliz de algún tiempo á esta parte. Acaba de perder aun un buque.

— Eso es, ya os lo decia yo, exclamó el comandante, otros oficiales mas que van á tener ascensos. Y en dónde se ha dado ese buen golpe?

— En las costas de Bretaña. Parece, segun dice el diario, que queriendo entrar de noche en Port-Louis, una fragata ha chocado contra las rocas que circundan la isla de Groix.

— Una fragata? preguntó el viejo oficial con ansiedad, y dice su nombre el periódico?

— Sí, es la *Andromède*, y aun se añade... pero el doctor se detuvo de repente y acudió hacia el comandante que se bameaba y parecia que iba á caer.

— Qué teneis? le preguntó.

— Nada, nada, respondió este último; pero dió algunos pasos y cayó sobre una silla. Es que conocia yo á esa pobre *Andromède*; en ella habia hecho mi primera campaña, y la habia mandado durante tres años. Perder á la *Andromède*, ella que entraba sola en la rada de Brest, pues tanto conocia ella el camino cuando yo la mandaba, pobre *Andromède*! repitió aun el anciano marino, mientras que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

— Vamos, comandante, prosiguió el doctor, no os desoleis de esa manera; concibo que esto os cause pena; pero, en resumidas cuentas, no se ha

perdido mas que una poca de madera y un poco de hierro.

— Ah! eso es! de ese modo juzgais vosotros esto, y no es en efecto un navio mas que una poca de madera y un poco de hierro; pero cuando este navio ha atravesado con vos los mares y las borrascas, cuando se ha vivido juntos meses, años, y cuando uno de esos pobres pedazos de madera, de los cuales haceis vos tan poco caso, ha enarbolado altiva y orgullosamente, durante largas travesias, el pabellon de la Francia, es permitido sentirlo un poco y merece que se le sienta mejor que algunas jentes que no han servido de nada durante toda su vida.

— Sin duda, mi comandante, respondió el doctor conmovido él mismo, tan verdadero era el dolor de aquel anciano marino que lloraba á su buque; sin duda, pero es necesario no hacerse daño á sí mismo con esos pesares; las lágrimas son muy nocivas á la gota. Vamos, para volveros vuestro buen humor de esta mañana, y pues que no os dejo todavia salir hoy, corro á buscar á la hija de ese pobre almirante Borda, y nada mas que su presencia os devolverá la alegría. Ya veréis qué linda niña, cuán interesante es! Luego que la hayais visto, la amaréis como á una hija, lo mismo que yo. Ah! si no fuera tan jóven y yo no fuera tan viejo...

(Se continuará.)

PAUL DHORNOYS.





El resbaladero en *barriots*, de Bourdeaux (Drôme), según un croquis enviado por M. Tausserat.

separa al estudiante del doctor, al operador del médico, y que segó en mies ajena, ó puso el pie en la tierra de promision que no le fué dado alcanzar. Es un delito, del cual ha tenido que responder ante la justicia. Mas en presencia de tantas desgracias, de tanto trabajo, de tanta honradez y resignacion, los magistrados se han enternecido; y obligados á dar satisfaccion á la ley, han agotado la medida de indulgencia que ella les dejaba, y condenado á Lablanche — á 5 francos de multa.

Lablanche, fisico-electrizador, habita en la avenida de Millaud, n. 35, esquina á la avenida de Lyon. Ojalá que este inocente *reclamo*, — el primero que me he permitido yo hacer aquí, — sea de alguna utilidad á ese buen hombre, y que le valga mas que estériles simpatías!

PETIT-JEAN.

#### LOS BARRIOTS.

San Petersburgo posee sus ricos trineos que, lanzados por el largo trote de tres caballos enganchados de frente, surcan en invierno por la perspectiva Newski; la Holanda, ese reino amfibio, acostumbra á sus regimientos á maniobrar patinando sobre el yelo; los lagos del bosque de Boulogne ven en este momento ejercitarse ó divertirse, sobre su helada superficie, una muchedumbre elegante y cosmopolita de patinadores.

Deberá uno admirarse de que el pueblo de Bourdeaux (Drôme) posea habitantes tan amigos de diversiones como los Rusos, los Holandeses y

los Parisienses? Los habitantes del Delfinado solamente proceden de otra manera:

Luego que la nieve ha cubierto el suelo, todos los jóvenes de Bourdeaux se dirigen á la plaza de la Caballería, la cual se halla en una pendiente, y amontonan, desde la parte mas elevada hasta el último punto del declive, una espesa capa de nieve, procurando darle una superficie tan lisa como le es posible. Por la tarde, derraman agua en abundancia sobre esta capa de nieve, que el frio de la noche convierte en hielo.

Al dia siguiente, todos los lugareños se dirigen al *resbaladero* con sus *barriots* sobre el hombro.

El *barriot* es un trineo rústico que se compone de una superficie plana de madera, provista en





No desea hacer una boda de dinero.



Una mujer para pagar su estudio y sus deudas.



Desea casarse para tener criada.



Para ser mas libre y que la llamen señora (madame).



su parte inferior de láminas de hierro. La parte superior se halla provista de una pequeña canasta de mimbre mas ó menos rehenchida, y en la cual se sienta el patinador. En la parte anterior del trineo se halla atada una cuerda que debe tenerse sólidamente con la mano derecha, mientras que la izquierda, apoyada en la parte posterior del barriot, sirve para dar al vehículo el impulso deseado. El patinador debe tener la pierna derecha estendida, y servirse de la izquierda para dirigir el trineo de modo que se eviten los obstáculos ó los encuentros peligrosos.

La perfeccion, en esta manera de patinar, consiste en meterse las manos en los bolsillos, en dirigirse solamente con el movimiento de la cintura y mantenerse inclinado hácia atrás, de modo que el dorso vaya casi surcando el hielo.

La rapidez con la cual los habitantes de Bourdeaux resbalan sobre el hielo de la Caballería, es vertiginosa, lo que no impide que las jóvenes arrosten, en compañía de los mozos, las caídas mas grotescas; la velocidad del trineo es tanto mayor cuanto es mas considerable el peso, y sucede algunas veces que la malhadada intrepidez de las jóvenes del Delfinado cae bajo las risotadas de los asistentes.

Este juego tiene sin embargo tal atractivo, que, á pesar de los vuelcos, las jóvenes parejas no se dan por vencidas, y suben pronto la helada pendiente, con el barriot sobre el dorso, para volver á comenzar un nuevo y escabroso descenso.

FONTAUBE.

#### HISTORIA DE UN COLLAR.

Un cambio completo se ha efectuado en nuestras playas; todas las hermosas aves emigrantes, curiosos, bañistas, artistas, ociosas encantadoras han alzado el vuelo. Los pabellones y los casinos han apagado sus lámparas y sus arañas, han plegado sus colgaduras y cerrado sus salones, silenciosos y desiertos, á cuyas puertas no vienen á azotar ya sino las lluviosas ráfagas de los vientos del oeste. Las olas ruedan sombrías y mujidoras sobre estas playas cubiertas de arena y guijarros, en donde venian á perderse tranquilos sus encages nacarados hasta los pies de los paseantes. De esta estacion de verano, que este año ha tomado al pié de la letra al revolucionario thermidor, no se conserva ya acerca de estas costas sino lo que se han llevado sus huéspedes mismos del buen tiempo: algunos dulces recuerdos, sin aludir al « cuarto de hora de Rabelais. »

Uno de estos recuerdos, depositado en nuestras notas de turista, es lo que vamos á consignar aquí.

Los *liones* de la última parte de la estacion han sido, en los baños de San-Malo, el vizconde y la vizcondesa de K..., como se dice generalmente á consecuencia de la superfetacion que ha llegado á ser de uso de unir la partícula nobiliaria á la k barrada (ker), armoricana. El vizconde y la vizcondesa K... era pues una joven pareja cuyo segundo año de union recibia aún los reflejos de la luna de miel. « Era, hubiérase podido decir con la señora condesa de l'Estorade, hablando de M. y Mme de Portenduère, la mas linda felicidad que se pudiese ver! »

Aunque muy relacionados en la alta sociedad de San-Malo, nunca dejaban de venir, despues de la comida, á pasar algunos momentos en el casino en donde su presencia era siempre la sensacion de la velada. La vizcondesa bailaba una mazurka, un vals ó un shotiche, despues se reti-

rabán y el baile permanecía algunos instantes sin recobrar su animacion y su alegría.

Un dia, sin embargo, la sensacion producida por su llegada fué mas viva aún que de ordinario, acercáronse con mas empeño á la joven; cada cual quiso hallarse un instante allado de ella; no se contentaban con aperebirla, esforzábanse por verla de cerca, como si hubiera habido en ella algo mas interesante que su gracioso aire y su incontestable belleza.

En efecto, lo que motivaba este empeño excepcional era un simple detalle de su tocado. Una indiscrecion habia sido cometida por un amigo, y cada cual queria examinar el aderezo de la joven vizcondesa, en el cual algunas conchas, vistosas como flores, ó brillantes como perlas, formaban el adorno generador.

La belleza de este aderezo justificaba, seguramente, este empeño. Era una de esas obras mejor dispuestas de Froment-Meurice. Los oros de tintes diversos que éste habia empleado en su obra se enrollaban en espirales y se desmelenaban en forma de algas y de fucos, con una gracia que no obtiene siempre el arte mas hábil.

Cada cual se retira maravillado; los que no lo estaban parecieron estarlo; fué aquello un concierto de elogios en el que la admiracion de las voces autorizadas arrebató el entusiasmo á los otros.

Lo ménos admirable que habia sin embargo en estas joyas, eran las joyas mismas; pero, quíe conocia la tierna historia de que se habia inspirado sin duda el artista, y cuyo monumento era este aderezo? Nadie tal vez en aquella muchedumbre; nosotros, que podemos revelars detalles mas íntimos, vamos á referirlos á los lectores del *Mundo ilustrado*, conservando empero á los héroes de nuestra narracion el velo semitransparente de las iniciales; mas para que no se pueda dudar de la autenticidad de los hechos que forman su base, citaremos el nombre del célebre naturalista á quien debemos la parte mas importante de estos detalles, y este nombre es nada ménos que el del señor doctor Chenu, sabio conservador de la galería conchiliológica de M. Delessert.

La señora vizcondesa de K..., por mas grande que sea la distincion enteramente patricia de su espíritu y de su beldad, es, en la sinceridad de los actos que forman su estado civil, la humilde hija de M. Alfonso C..., empleado ministerial, que murió oficial de despacho en el departamento de hacienda, el 7 de diciembre 1854. Su biografía constituye, seguramente, uno de los párrafos no menos interesantes de la historia científica del siglo décimo-nono.

Alfonso C... habia ofrecido un ejemplo palpable de los peligros que corren los niños confiados, sin una activa vigilancia, á los cuidados mercenarios de las nodrizas. El láudano mezclado á sus brevajes para prolongar su sueño, habia producido tales estragos en su organismo naciente, que su infancia fué una larga crisis valetudinaria que le impidió todo estudio formal. La misma causa le habia cerrado la mayor parte de las carreras abiertas á la juventud. No obstante, como su módica fortuna le hacia necesaria la opcion de un estado, el doctor Recamier, pariente suyo, obtuvo para él, en el ministerio de hacienda, un empleo, en relacion con la debilidad de su salud y lo modesto de sus deseos.

Alfonso C... tuvo, á mas bien, tomó el título de empleado...

Empleado en qué?... en el ministerio? No preguntéis mas. Es un título recibido; título vago, es cierto, indefinido, que abraza, en su comprension elástica, á todos los funcionarios ministeriales, desde el mas humilde hasta el mas elevado,

desde el secretario de Estado hasta el barrendero, y del cual, por esta razon, no se ufanan sino los mas modestos asalariados, pero es un título! y los títulos gustan de lo misterioso. Era el primer grado de la gerarquía cuyo *desideratum* es la poltrona del oficial de despacho.

Una dotacion anual de 1,500 francos bastó, con su pequeño patrimonio, á sus necesidades: su vida se deslizó desde entónces mas de diez meses en Paris en un trabajo moderado y en hábitos pacíficos; seis semanas en algun pequeño puerto de la costa, en donde le retenian los baños de mar que le estaban espresamente ordenados.

Pasó sus primeras vacaciones en la cabaña de un pescador de Etretat. Ya se puede imaginar que el joven empleado tuvo que evitar todos los centros de reunion en donde las diversas tribus de la sociedad parisiense van á buscar no tanto los medios higiénicos como los placeres; las horas que mediaban entre los dos baños que tomaba cada dia, á menos que el estado atmosférico opusiese un óbice insuperable, pasólas primero bajo el techo del pescador, su huésped, y sobre los riscos desde donde sus miradas penetraban con éstasis en la inmensidad del horizonte de las olas.

Pronto quedó saciado de los grandes espectáculos del mar; bajó entónces á las arenosas orillas; sus ojos se fijaron en las conchas que allí depositan las ondas y que las oleadas ruedan con mas abundancia en la alta marea.

Recojió primero las mas brillantes y vistosas, en seguida las mas elegantes de forma y las mas extrañas; buscó al fin no tanto la elegancia y la extrañeza cuanto la variedad; hubiera querido reunir modelos de todas las ricas variedades de conchas de estas playas.

Estas rebuscas llegaron á ser el mas interesante empleo de sus ocios. Todos los momentos que consagraba ántes á pasearse en las alturas, ó á la meditacion en el verdor de las escarpadas riberas, á la sombra de una breña, ó al abrigo de una roca, fueron dedicados esclusivamente á aquelejercicio. Cuando llegó el dia de su marcha, Alfonso C... tenia tal coleccion de conchas de toda especie, que se vió obligado á formar un fardo especial con todo lo que no pudo contener su maleta, medio vacía al llegar.

No retrocedió ante este exceso de bagaje por conservar sus caras conquistas, con las cuales se prometia largas horas de distraccion para las monótonas veladas del invierno.

Sin conocer el nombre de esta especialidad de la ciencia, Alfonso C... sabia que la conchiliología era un ramo de la historia natural, y hallábase impaciente por preguntarle los nombres y la clasificacion de todas las muestras que habia traído, y que no formaban para él sino un interesante caos. Compró en primer lugar las obras elementales que podian iniciarle en este estudio; visitó, cada domingo, las galerías especiales del museo de historia natural, y examinó con minucioso cuidado todas las divisiones. Su felicidad, cuando podia obtener, bajo el pretexto de una ejecucion mas asidua y mas rápida, la autorizacion para hacer en su casa algun trabajo urgente, consistia en seguir el curso en el cual podia asistir á la enseñanza de su ciencia querida; la luz se hizo gradualmente en esta cabeza, y el orden en su coleccion; la distraccion á la cual no debia pedir en un principio mas que el encanto de sus horas de aislamiento, se elevó naturalmente en su espíritu al nivel de la ciencia.

Las tareas de sus nuevos estudios no le hicieron sin embargo sacrificar nunca lo que él consideraba con justicia como sus deberes á lo que fué siempre para él una distraccion y un placer; hizo aun mas: temiendo ser arrastrado segun los ejemplos



que se le citaban, prohibiéndose rigurosamente, para satisfacer sus inclinaciones, todo gasto que no fuera consagrado á la compra de algunas obras especiales y al aumento de espensas causado por el cambio de localidad, para la cual iba á poner á contribucion la playa durante la estacion de los baños.

Desde la segunda estancia, en efecto, las exploraciones del estudioso empleado habian agotado tan completamente los guijaros de Etretat, que los arenales y las ensenadas vecinas de este pequeño puerto fueron para él las páginas de un libro sabido de memoria. Conocia sin embargo que no se hallaba aun sino en el *alpha* de sus investigaciones. El medio de hacerlas fecundas era variar el campo, variando el lugar de su estancia anual que le imponia hacer en nuestras costas la necesidad de tomar los baños. Resolvió en consecuencia visitar sucesivamente sus puntos principales, desde Dunkerque hasta San-Juan-de-Luz y desde los Pirineos hasta la desembocadura del Var.

Podia reunir de este modo los elementos de una coleccion completa de conchas de nuestro litoral, de la Nereida francesa; porqué no usariamos esta palabra, pues que se dice la Fauna rusa, la Flora alemana, etc.? Era, sin duda, un gravámen en sus gastos de viaje; pero quién no consagra algo á sus placeres? Esto se habia verificado, en efecto, pero sin causar otro cambio en sus resoluciones generales. La rapidez de sus ascensos ofrece además la prueba de la exactitud con la cual desempeñaba sus deberes profesionales. En 1833, se nombró al simple empleado oficial segundo de la oficina en la cual habia sido sucesivamente primero y segundo mozo de escritorio.

Aquel año hubo otro gran cambio en su vida. Alf. C... se casó con la hija de un antiguo camarada, pero esta union, á la cual todo parecia prometer largos dias de felicidad, duró apenas quince meses. M<sup>me</sup> C... sucumbió á una fiebre inflamatoria, causada por una imprudencia, despues de su primer parto.

Alf. C... no salió del dolor desesperado que le ocasionó esta muerte imprevista sino para concentrar todo su afecto en la niña á la cual dió el nombre de su madre: Inés, trasformacion ibérica del nombre flamenco Agnès.

Habia tenido una experiencia demasiado cruel de la asistencia que encuentran los niños en la ternura pagada á una mujer extraña, para no hacer criar á su hija en presencia suya. Abandonó para esto todos sus hábitos anteriores; renunció á las relaciones sociales que habia contraído desde su enlace, así como á sus amistades de fonda y de café que tenia desde antes. Todo el tiempo que no le reclamaba su oficina, pasábale en su casa, al lado de su hija, á la cual consagraba toda su solicitud y su cuidado. Volvió con mas ardor á sus estudios de historia natural que llegaron á ser las ocupaciones de las largas veladas que pasó triste y feliz al lado de la cuna de la niña adormecida. Ocupóse en dar una clasificacion mas metódica á sus numerosas colecciones que habian permanecido sepultadas en sus maletas.

Esta habitacion, en la cual la muerte acababa de causar un vacío, le ofreció varias piezas en las que pudo colocar sus conchas en un orden científico. Su matrimonio habia suspendido algun tiempo sus estudios, pero volvió á sumergirse en ellos mas profundamente al romperse. El deseo que manifestó la abuela materna, radicada en una casa de campo cercana á Paris, de tener algun tiempo á su nieta durante la estacion de las flores, permitió aun á Alf. C... el continuar sus viajes á los baños de mar.

No solamente se completaron sus colecciones,

sino que habiéndose dirigido sus investigaciones á las conchas de un módulo pequeño, encontró, cada año, un número considerable de especies nuevas. Sus colecciones fueron visitadas desde entonces con vivo interés. Su nombre fué citado en las obras y en las sociedades de los sabios; propusieronle de todas partes algunos trueques; efectuáronse éstos muy pronto en grande escala, no sólo con los naturalistas franceses, sino con los conchiliólogos estrajeros, lo que le permitió estender sus colecciones á las conchas exóticas. Ofrecíanle las especies mas raras y mas preciosas cada dia en cambio de las conchas que él habia descubierto y descubria, cada año, en la nueva vía á la cual habia dirigido sus exploraciones. Sus colecciones tomaron un desarrollo tan considerable, que no pudiendo multiplicar las piezas que las estaban consagradas, vióse en la necesidad de amontonarlas en las piezas, despues de haber multiplicado los estantes.

Sus colecciones no eran las únicas que crecian; Inés habia crecido al lado de ellas, y una vez llegada la jóven á ser ama de casa, en la habitacion de su padre, ascendido él mismo á oficial de despacho, se hallaba en incesante lucha contra este reboamiento de conchas que hubiera querido invadirlo todo. Alf. C... se sonreía de sus graciosos dengues y de sus pequeños enojos, sobre todo cuando habia oido aquel á algunos de los sabios que visitaban sus colecciones estimarlas en precios exorbitantes.

— Sabes, querida niña, le dijo un dia acariciándole la mejilla con el revés de sus dedos, contra qué cosa te escamas?

— Sin duda!... me enoja contra esa marea montante que habrá hecho llegar muy pronto todos vuestros caracoles hasta mi tocador.

— Te enfurruñas contra... tu dote, hija mia...

— Contra mi dote!... así que, piensas, querido padre, darme por dote... algunas conchas?... Los pretendientes serán numerosos...

— No esclames... hay paises en que las conchas son monedas... y aquí podrian muy bien trasformarse pronto en escudos...

El buen padre no podia decir cosa mas cierta; ó por lo menos la muerte le impidió realizar su esperanza. Alf. C... fué una de las primeras víctimas de las fiebres tifóideas que se declararon en Paris, á fines del año 1854. Seis meses despues de su muerte, uno de sus amigos, profesor del jardin de las Plantas, fué encargado, como tutor de la señorita Inés C..., de la venta de sus colecciones. El precio se elevó á nada menos que á trescientos veinte mil francos. Inés no conservó de los doscientos cincuenta mil ejemplares que componian la galeria de su padre, sino las pocas conchas, todas descubiertas por él, con las cuales nuestro Benvenuto Cellini ha compuesto el hermoso y tierno aderezo cuya historia es la biografía de Alf. C...

No tenemos que demostrar su moralidad. Tiene en su favor la elocuencia positiva de los hechos.

Sin duda se puede citar al lado de ella mas de una originalidad y algunas estravagancias: algunos entusiastas que han sacrificado á la codicia de la ciencia ó del arte, su fortuna, su tranquilidad, y hasta la felicidad de sus familias; algunos exaltados que se han dejado arrastrar aun hasta mas allá de la desgracia... No citaban los diarios, hace algunos meses, á uno de los mas grandes nombres italianos que en esta pendiente florida, ha resbalado hasta el crimen? Pero, es culpa de la ciencia, si tal es su belleza, de que se hagan tales locuras por ella?

Cuántos espíritus elevados no la deben sus mas puros goces? Hé aquí un modesto empleado mi-

nisterial que, despues de haber encontrado en su amor, nacido casual y espontáneamente en su co-razon, las mas gratas distracciones y los mas preciosos consuelos de su vida, ha recibido, hasta en la serenidad de sus últimos instantes, la prenda de felicidad que legaba al porvenir de su hija: un rico dote.

FULGENCIO GIRARD.

## CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                            |                                                                                     |
|----------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|
| AREQUIPA. . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.                                                         |
| ARICA. . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.                                                              |
| BOGOTÁ. . . . .            | D. Rafael Mogollon y Guzman.                                                        |
| BUENOS-AIRES. . . . .      | D. Federico Real y Prado.<br>Sres. Frias, hermanos.                                 |
| CARACAS. . . . .           | Sres. Rojas, hermanos.                                                              |
| CARTAGENA. . . . .         | D. Joaquin F. Velez.                                                                |
| COBIA. . . . .             | Sres. L. Durandau y Compañia.                                                       |
| COLON. . . . .             | D. Joaquin B. Donalisio.                                                            |
| GUATEMALA. . . . .         | D. Pablo Blanco.                                                                    |
| GUAYAQUIL. . . . .         | D. Luis Abadie.                                                                     |
| GUAYAMA. . . . .           | D. Narciso Daussá.                                                                  |
| HABANA. . . . .            | Sres. Charlain y Fernandez.                                                         |
| LA PAZ. . . . .            | D. José Herrero.                                                                    |
| LIMA. . . . .              | D. Benito Gil.<br>P. Bailly.<br>Sres. José Macías é hijo.                           |
| MÉJICO. . . . .            | Sres. Maillefert y Comp.                                                            |
| MENDOZA. . . . .           | D. F. Civit.                                                                        |
| MONTEVIDEO. . . . .        | D. Teodoro Reissig.<br>D. Federico Real y Prado.                                    |
| PANAMÁ. . . . .            | D. José M. Aleman.                                                                  |
| PUERTO RICO. . . . .       | D. José M. Sanchez Enriquez.<br>D. Ignacio Guasp.                                   |
| ROSARIO. . . . .           | Federico Reissig.                                                                   |
| SAN FRANCISCO. . . . .     | M. Biesta.                                                                          |
| STA. MARTA. . . . .        | D. José A. Barros y Comp.                                                           |
| SANTIAGO DE CHILE. . . . . | D. Pedro Yuste y Comp.<br>Libreria agencia del <i>Mercurio</i> .<br>D. Ramon Morel. |
| SAN TOMAS. . . . .         | D. Luis Guasp.                                                                      |
| TACNA. . . . .             | D. Clemente Bartibas.                                                               |
| TAMPICO. . . . .           | D. A. Gutierrez y Victori.                                                          |
| VALPARAISO. . . . .        | D. Santos Tornero y Comp.<br>D. Nicasio Ezquerria.<br>D. José Perez Anguita.        |
| VERACRUZ. . . . .          | D. Juan Carredano.                                                                  |

LE MONDE ILLUSTRÉ, fundado en abril de 1857, cuenta hoy cerca de tres años de existencia. Esta publicacion es una verdadera historia de los tres últimos años. La guerra de Italia, la de Marruecos, los principales episodios que han acaecido durante ese período, se hallan fielmente reproducidos en grabados debidos al lápiz y al buril de los principales artistas franceses.

El precio de esta coleccion (5 volúmenes), desde abril de 1857 hasta el 1º de enero de 1860, es

|                                |                     |
|--------------------------------|---------------------|
| En Paris. . . . .              | 61 fr. (240 rs.)    |
| En España. . . . .             | 72 — (280 —)        |
| En la América del Sud. . . . . | 110 — (21 ps. fts.) |

Las personas que desearan procurarse esta interesante coleccion deberán enviar su valor en letra sobre cualquiera plaza de Europa, á la orden del *Directeur du MONDE ILLUSTRÉ*, 15, rue Bréda, à Paris.

L'abonnement au *Monde illustré* est de 26 francs par an pour l'Espagne.



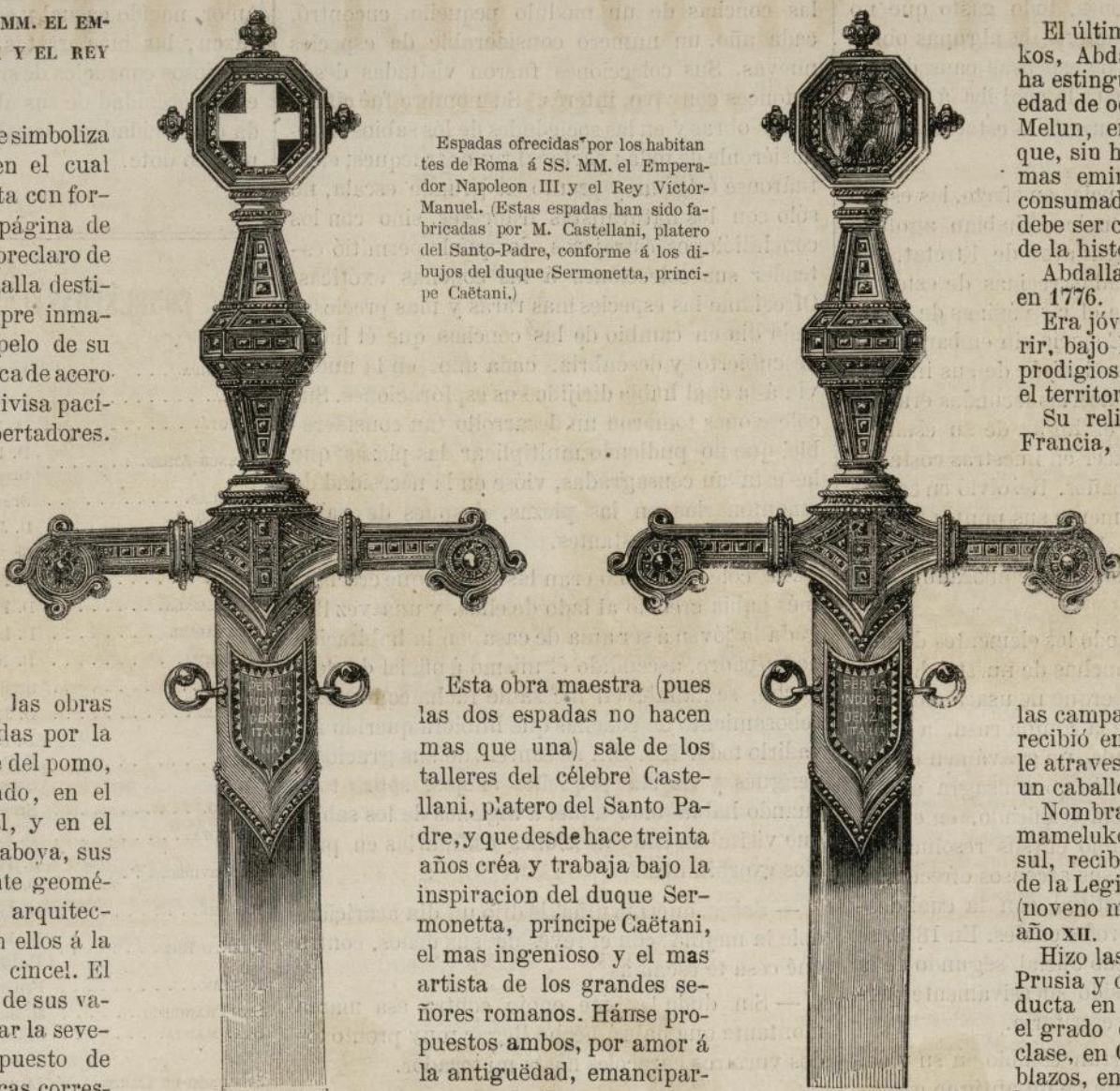
ESPADAS OFRECIDAS POR LOS HABITANTES DE ROMA A SS. MM. EL EMPERADOR NAPOLEON III Y EL REY VÍCTOR-MANUEL.

Una espada de honor se simboliza toda ella en el puño, en el cual escribe el cincel del artista con formas y atributos una página de historia y proclama lo preclaro de un nombre. La hoja se halla destinada á descansar, siempre inmaculada, sobre el terciopelo de su cofre; ella es como la placa de acero en la cual se inscribe la divisa pacífica de los héroes y los libertadores.

Las dos espadas ofrecidas por los Romanos á los dos ilustres vencedores de Solferino, y cuyo dibujo reproduce nuestro periódico, no tienen sin embargo nada de lo que caracteriza á las obras de este género ejecutadas por la joyería moderna. A parte del pomo, en donde se ha figurado, en el uno, el águila imperial, y en el otro la blanca cruz de Saboya, sus adornos son enteramente geométricos, y por decirlo así, arquitectónicos. Nada se debe en ellos á la caprichosa fantasía del cincel. El esmalte solo, por medio de sus variados tintes, hace resaltar la severidad del dibujo compuesto de pequeñas piezas simétricas correspondientes unas á otras y soldadas entre sí por los procedimientos del mosaico.



M. Abdalla d'Asbonne, último oficial de Mamelukos, muerto recientemente en Melun, según el retrato pintado por M. Barrias y copiado por él.



Espadas ofrecidas por los habitantes de Roma á SS. MM. el Emperador Napoleon III y el Rey Victor-Manuel. (Estas espadas han sido fabricadas por M. Castellani, platero del Santo-Padre, conforme á los dibujos del duque Sermonetta, príncipe Caetani.)

Esta obra maestra (pues las dos espadas no hacen mas que una) sale de los talleres del célebre Castellani, platero del Santo Padre, y que desde hace treinta años crea y trabaja bajo la inspiración del duque Sermonetta, príncipe Caetani, el mas ingenioso y el mas artista de los grandes señores romanos. Hânse propuestos ambos, por amor á la antigüedad, emanciparse, en esta hermosa obra,

de las tradiciones académicas impuestas á la creación de los emblemas guerreros. Aman la antigüedad con ese amor ardiente y fiel, que no se parece en nada á la fría pasión de los coleccionadores.

Todos sus esfuerzos tienden á hacerla revivir entre nosotros, y el taller de Castellani es el vivo museo en que cada día se descubre un nuevo secreto de las maravillas que aquella creó.

Es verdad que hombres especiales han meneado un poco la cabeza delante de una obra en la cual no encontraban el desconcierto obligado de alegorías, de follages, de caduceos, de roles y de labores; pero el espíritu nacional de los Italianos comprenderá mejor el sentido de esta austera y elegante sencillez; pues son estas dos fuertes espadas, tales como las manejaban los antepasados de la Italia. No se creería que se las ha encontrado en un surco de la Etruria, y que se han limitado á volverlas á pulir para trazar en ellas la divisa: *Por l'indipendenza dell'Italia?* MEYRAN.

EL COMANDANTE ABDALLA D'ASBONNE.

El último oficial de los Mamelukos, Abdalla d'Asbonne, que se ha extinguido recientemente á la edad de ochenta y cuatro años en Melun, era uno de esos hombres que, sin haber llegado á los grados mas eminentes del ejército, han consumado actos cuya memoria debe ser consignada en los fastos de la historia.

Abdalla habia nacido en Belen, en 1776.

Era joven aun cuando oyó referir, bajo la tienda del Árabe, los prodigios que hacia Bonaparte en el territorio de Egipto.

Su religion le acercaba á la Francia, su entusiasmo le atraia

hacia el primer cónsul. Quiso ser compañero atrevido del que las deslumbradas tribus llamaban ya el Mahoma del Occidente. Agregado en calidad de intérprete al estado mayor del general en jefe, hizo

las campañas de Egipto y de Siria, recibió en Heliópolis un tiro que le atravesó el bajo-ventre, y tuvo un caballo muerto.

Nombrado subteniente de los mamelukos de la guardia del cónsul, recibió la orden de caballero de la Legion de honor el 23 prairial (novenos mes del año republicano) año XII.

Hizo las guerras de Austria, de Prusia y de Polonia. Su bella conducta en Austerlitz le hizo ganar el grado de teniente de primera clase, en Golymin recibió siete sablazos, en Eylau le rompieron un brazo.

De 1802 á 1811, tomó parte en las guerras de España y fué nombrado capitán instructor, despues jefe de escuadron, el 17 de febrero de 1811.

Hizo las campañas de Rusia y de Sajonia. En Altenburgo fué herido de una lanzada en el pecho al salvar la vida al coronel Kirmann. El valiente mameluko no pudo sustraerse á una ovación sino haciéndose conducir al hospital de sangre. Para disimular el servicio hecho, Abdalla ocultó á todos la gravedad de su herida; pero el coronel, conduciéndole al frente del regimiento, dice á sus soldados: « Camaradas, os denuncio un acto digno de los tiempos heroicos. »

En Weymar recibió otra lanzada. En Hanau fué herido otra vez de un balazo en el bajo-ventre.

En 1814, recibió en Brienne la condecoración de la orden de la Reunion.

Despues de la abdicación de Napoleon, entró como jefe de escuadron en el cuerpo real de la caballería ligera, y fué nombrado caballero de San Luis el 17 de marzo de 1815.

Hizo la campaña de los Cien-Dias en el ejército del Norte, y siguió al ejército sobre el Loira despues de los desastres del monte de San-Juan.

Recibiendo entónces su licencia, no fué llamado al servicio hasta 1830, para la expedición de Argel. Hizo la primera campaña de Africa como intérprete, despues fué nombrado oficial de ordenanza del general Boyer y oficial de la Legion de honor en 1833.

Mandando aquel año la plaza de Arzew, fué enviado el siguiente en calidad de cónsul cerca de Abd-el-Kader, á Mascara, y tomó despues del rompimiento de la paz con el emir una parte gloriosa en el combate de la Macta, en donde recibió la última herida en el hombro.

Finalmente, despues de cuarenta años de buenos y leales servicios, Abdalla fué á fijarse en 1836 en Melun, ciudad en la cual habia sido formado el cuerpo de los mamelukos; y en la cual Abdalla d'Asbonne supo conciliarse, hasta su último día, el aprecio y la consideración de todos.

MÁXIMO VAUVERT.